La Ilustración Artística

Año X — Barcelona 2 de febrero de 1891 — Núm 475

OBRAS DEL CELEBRADO PINTOR FRANCES FRANCISCO FLAMENG



EN EL PIANO, cuadro de Francisco Flameng

oca á las necesidades ordinarias, porque gracias á las apuntaciones puede prescindirse casi de ella. Sin embargo, hay una memoria que todo el mundo tiene y que muchas personas ignoran, y es la memoria de los ojos, la memoria de las cosas vistas, la del artista, la del dibujante: esta facultad les permite, por ejemplo, reproducir un adorno que sólo una vez hayan visto. Y esta memoria todos la tenemos, más ó menos desarrollada, pues todos vemos y todos clasificamos más ó menos en nuestro cerebro las cosas vistas y lo hacemos sin darnos de ello cuenta.

Pues bien: esta memoria de los ojos constituye un excelente medio mnemotécnico.

He aquí de ello algunos ejemplos.

Muchos soldados, para recordar algún artículo de las Ordenanzas procuran figurarse la página y luego el lugar que en ésta ocupa el artículo de que quieren hacer memoria.

Algunos prestidigitadores emplean el mismo medio para indicar en un libro la página y la línea en donde está escrita la cita que se les hace. Otros se hacen indicar cuarenta nombres comunes cualesquiera seguidos, que ellos repiten luego por el mismo orden en que se han pronunciado, ó al revés ó al azar, dando á cada uno el número de orden con que ha sido enunciado.

Un autor del siglo XVI llamado Muret cuenta que vió un día un corso á quien dictó dos mil palabras latinas, griegas y bárbaras que ninguna conexión guardaban entre sí, y que el corso se las repitió por el mismo orden con que las había oído. Esto nos parece un tanto dudoso, porque este mismo ejercicio practicado con solas cuarenta palabras exige ya una memoria muy bien adiestrada.



JOSÉ VALERO, EMINENTE ACTOR ESPAÑOL
fallecido el 12 del actual (de fotografía de D. J. Martí)

Sin embargo, gracias á la memoria de los ojos puede llegarse bastante de prisa á este mismo resultado, no para cuarenta, pero sí para una veintena de nombres, porque la dificultad aumenta proporcionalmente al número de palabras que á esa cifra se añaden.

Veamos cómo debe procederse.

Supongamos que el primer nombre enunciado sea *ratón:* no tratéis de recordar la palabra, sino procurad que vuestra memoria sea una placa fotográfica impresionable, haced, en una palabra, el clisé del objeto, contemplad delante de vuestros ojos el animal mismo y colgadle mentalmente del cuello un cartelón con un número 1. Tomemos un segundo nombre, por ejemplo, *sombrero:* representaos un objeto de éstos con el número 2, fijado en la copa. Supongamos que el número 3 sea *silla:* imaginaos una con el número correspondiente clavado en ella, como si fuese el precio marcado por el vendedor, etc, etc. De este modo recordaréis con facilidad la sucesión de los objetos y su número de orden y podréis nombrarlos de todas las maneras que se quiera. Repetid después este mismo ejercicio extendiéndolo á diez objetos, al día siguiente hasta doce y así sucesivamente aumentando poco á poco.

Después de algunos ensayos, el que los haga quedará sorprendido de la facilidad con que llegará á retener en su memoria veinte nombres ó más, perfectamente clasificados en su mente y con su número de orden; de tal modo, que al indicarle el número, el nombre del objeto se le ocurrirá inmediatamente y viceversa.

EL PRESTIDIGITADOR ALBER

(De *La Nature)*

ADVERTENCIAS

Siendo en gran número los trabajos literarios que recibimos para La Ilustración Artística y en la imposibilidad de contestar á todos los que con ellos nos favorecen, debemos advertir que sólo contestaremos á los autores de los artículos que aceptemos para insertarlos en este periódico.

No se devuelven los originales.

Suplicamos á nuestros corresponsales y suscriptores, especialmente á los de América, nos remitan cuantas fotografías de monumentos, obras artísticas, etc., consideren propias para ser publicadas en La Ilustración Artística, acompañándolas de los datos explicativos necesarios. En caso de que sean admitidas, tendremos el gusto de consignar, al publicarlas, el nombre de la persona que nos haya honrado con el envío de las misma.

Asimismo agradeceremos la remisión de todas las noticias que tengan verdadero interés artístico ó literario.

Imp. de Montaner y Simón

SUMARIO

FRANCISCO FLAMENG

Al revisar ayer un informe sobre los trabajos de la Sorbona, el nombre de Francisco Flameng, con frecuencia repetido, evocó en mí todo un mundo de recuerdos.

El autor del artículo nos mostraba al joven y ya célebre artista trabajando en sus grandes pinturas decorativas, en medio de albañiles y cerrajeros, y rodeado de una nube de polvo, teniendo ante sí, plantado en un tonel, su modelo con traje del tiempo de Luis XIV, que representaba á algún Larochefoucauld ó Saint-Simón.

Seguía después una descripción de aquellas magníficas obras, universalmente admiradas en nuestras últimas exposiciones. Abelardo con su original paisaje, Richelieu como nueva creación, Rollin con su dulce poesía, San Luis y Sorbón; la imprenta, el Renacimiento, etc., etc. El crítico nos hacía ver el notable orden de tantos grandes cuadros y su magnífico aspecto en aquel centro de erudición, verdadero santuario, joya cincelada en honor de las letras y de las ciencias. En una palabra, dispensábase á F. Flameng la justicia que merecía, colocándole en primera línea entre los mejores; y á mí me ocurrió también la idea de hablar de este artista original, resucitando los recuerdos ya lejanos de un antiguo compañerismo.

¡Veinte años han pasado! Vuelvo á ver nuestro vetusto liceo Luis el Grande, el antiguo colegio Luis XIV, con sus muros ennegrecidos, fríos y tristes, sus patios lóbregos, su vida monástica y militar á la vez, tristemente monótona;... y después, en medio de aquella profunda calma, la guerra que nos sorprende de improviso, seguida muy pronto de nuestros desastres; el sitio y el estruendo del cañón turban nuestro silencio.


Estudio para el decorado de la Sorbona, por Francisco Flameng


EN LA PLAYA, estudio de Francisco Flameng

Los cursos habían continuado durante el sitio.

Asistíamos entonces á las clases de MM. Perrot, Aubert y de aquel excelente M. Merlet, letrado que se distinguía por su finura y delicadeza, apasionado por el arte y la poesía. No puedo pensar aún sin profunda emoción en aquel fin de clase, en diciembre de 1870, durante el cual, sufriendo un frío terrible y mientras resonaba el siniestro y continuo rumor del cañoneo, sin que dejáramos de traducir melancólicamente un texto griego, M. Mirlet se levantó, y en términos enérgicos del más puro patriotismo, poseído de angustia, conjurónos á no olvidar nunca aquellas horas y á amar apasionadamente nuestra patria, preparando el porvenir.

Durante las horas de recreo hacíamos hilas, mientras que nuestros profesores, mitad universitarios, mitad guardias nacionales, discurrían tristemente sobre la nieve, cuya blancura hacía parecer más sucias que de ordinario las paredes del colegio. Hasta hubiérase dicho que el cielo, con su color plomizo, quería aplastarnos.

Cierto día, al ver llegar á J. Simón, entonces ministro, la clase entera se alarmó. ¿Vendría para anunciarnos nuestra libertad? Todo aquel enjambre de jóvenes, precipitándose hacia las ventanas, miraba ansiosamente á través de los vidrios amarillentos el negro grupo de nuestros profesores. El ministro hablaba; pero ¡ay!, lo que decía era que debíamos abandonar la calle Saint-Jacques; los obuses enviaban una lluvia de proyectiles contra la Sorbona y el barrio de San Miguel, y era urgente retirarse. Muchos de los nuestros se consolaban, pues al fin aquello suponía la libertad, vacaciones imprevistas; y por otra parte íbamos á ver de cerca esa cosa hedionda, pero de terrible grandiosidad, que se llama la guerra; íbamos á mirar aquellos cañones cuyo estampido resonaba detrás de nuestras paredes.

Poco tiempo después, la *Commune* diseminaba aquella juventud en los cuatro ángulos de Europa, y Flameng iba á Bruselas á comenzar sus estudios de artista, trabajando en el museo ante las obras de los Rubens, los Hals, los Rembrandt, los primitivos holandeses y flamencos, y copiando á todos aquellos maestros admirables con indecible alegría.

Cuatro años después debíamos encontrarnos uno junto á otro con la paleta en la mano, adultos ya, sentados en los taburetes del taller Cabanel, en la Escuela de Bellas Artes.

¡El taller Cabanel! ¡Qué horas tan alegres! ¡Cuánta exuberancia! En mi memoria reaparecen todos los compañeros de entonces y en primer término el más antiguo, Bastien-Lepage, con su mirada inquieta y observadora, su nariz como tallada en facetas, su cabeza cuadrada, su cabello cortado á la moda del siglo XII y su escasa barba. Ya no era el Bastien que yo había visto pasar con arrogancia sobre las murallas de París durante el sitio, soplando en una trompeta y precediendo al batallón 83, en el que servía como corneta. Era completamente otro hombre, muy juicioso, reflexivo, siempre en busca de los procedimientos que nos asombraban entonces, y revelando una escuela muy personal, cuya influencia se marca profundamente en la evolución del arte francés. ¡Pobre Bastien! Buen muchacho, sinceramente bondadoso, á pesar de su aspecto algo rudo de campesino... Y después Gervex, Rafael Collin, Buland, Carriere, Dawant, Moreau de Tours y otros cincuenta. Armando Bach era entonces macero, y Flameng el novicio, por cierto muy irregular. Algunas partes de la enseñanza oficial se le escapaban, como á otros muchos, y necesitaba independencia: junto á dibujos encantadores, muy artísticos, otros muy flojos demostraban cuánto era el enojo del joven pintor al ejecutar su tarea cotidiana. Cabanel, que le apreciaba muy particularmente, había comprendido que original é interesante artista sería en lo futuro aquel «buscador,» de imaginación inquieta, aquel *extractor* de la quinta esencia; y llegado el miércoles, día de corrección, menudeaban los sermones, y el maestro reñía á su joven discípulo. Aquel excelente hombre, á quien tan pocos han conocido bien y que otros muchos echaron á perder, era y se considerará siempre como el modelo de los profesores. Llevando el amor del eclecticismo hasta el extremo, Cabanel nos estimulaba á todos á seguir una vía personal y procuraraba obtener en el discípulo una originalidad cualquiera.

Por eso se veía prosperar en aquel gran taller á los coloristas más turbulentos junto á los tímidos y delicados dibujantes.

Apenas nuestro majestuoso maestro se presentaba en el umbral de la puerta, el estrépito cesaba como por encanto, siguiéndose religioso silencio. La revista de los discípulos comenzaba, y pasando del uno al otro, cogiendo tan pronto la paleta como el carbón, Cabanel, con la mano izquierda apoyada en su paraguas, el sombrero ligeramente echado atrás y guiñando los ojos, trazaba algún rasgo ligero, fino é intachable, que corregía la figura mal hecha, comunicándole el movimiento y el carácter, á la vez que hacía en voz baja la crítica. Todos temblaban ante aquel juez severo, aunque era la benevolencia misma; todos se mostraban contentos con el menor cumplido; mientras que Cabanel, ocultando bajo su aspecto olímpico su singular timidez y su carácter bonachón, pasaba majestuosamente entre nosotros como un maestro antiguo entre sus discípulos.


Estudio para el decorado de la Sorbona por Francisco Flameng

Una vez fuera el maestro y cerrada la puerta, el estrépito se reproducía, los gritos comenzaban de nuevo, encendíanse las pipas, y el modelo, saltando alegremente de la mesa, iba á tostarse un poco las tibias ante la vieja estufa.

¡Pobre querido y gran artista, á quien se dispensa justicia tan tardíamente! Nosotros le amábamos con ternura, y su pérdida se deja sentir cruelmente.

A pesar de sus triunfos en la escuela, Flameng no estaba contento allí; cierta timidez, disimulada bajo una expresión algo sombría, hacíale poco agradable la permanencia en el taller.

Aún me acuerdo de las estúpidas jugarretas de que nuestro amigo era objeto.

En su casa, en la calma del taller, era donde trabajaba formalmente, bajo la dirección de un artista de primer orden, su padre, Leopoldo Flameng, eminente grabador. En aquel centro elegido, consagrado enteramente al culto de las bellas obras, al arte y al trabajo, aprendía el duro oficio de pintor, no dando paz á la mano, acumulando lienzos sobre lienzos y siendo alternativamente pintor y grabador. Todos los años, el padre y el hijo, aquellos dos buenos



AGRADABLE DESCANSO, cuadro de Francisco Flameng

amigos, marchaban alegremente como compañeros á estudiar los museos de Europa. ¡Cuántas deliciosas horas pasaron así! En una de sus excursiones por Holanda encontraron á Fromentin, y fué una fortuna rara poder hablar de estética con el admirable autor de los *Maestros de otro tiempo*, de *Dominio*, obra exquisita harto poco conocida, *Un verano en el Sahara*, y el *Viaje en el Sahel*.

Fromentin, con sus grandes ojos ocultos tras unas gafas á la Chardin, examinaba, escudriñaba y disecaba los cuadros como un anatómico, volviéndolos en todos sentidos, estudiando hasta el barniz, el grano del lienzo y el tono de los preparados, á la vez que procuraba analizar los menores medios de ejecución; era un verdadero curso de química pictórica. Se censuraba á varios maestros y exaltábase á otros; pero siempre para volver al gran Holbein, como el más intachable y sincero y el de más expresión.

En 1875 Flameng exponía su primer cuadro *El facistol*; en 1876, un retrato de mujer vestida de negro, y en este mismo año el servicio militar interrumpió sus estudios. Más tarde, en 1879, nos daba *El llamamiento de los girondinos*.

Todo el mundo recuerda aún la composición verdaderamente conmovedora de aquel cuadro: en una sala baja, iluminada por escasa luz, los girondinos, reunidos en su último banquete, brindan por la libertad. Con este cuadro F. Flameng comenzaba una serie de pinturas históricas: *La toma de la Bastilla*, y después la mejor de todas, *Los Chuanes en Machecul*, que valieron al joven pintor una avalancha de diatribas más ó menos injustas. La crítica había descubierto una intención política allí donde el artista no vió sino un hermoso asunto. Siguió un *Camilo Desmoulins*, así como cierto número de otras obras, desconocidas del público y dispersas en América.

En 1879, y habiendo obtenido el premio *Los girondinos*, F. Flameng marchó á Italia, donde su talento y su personalidad debían realzarse completamente al contacto de los grandes maestros de Florencia: Boticelli, Mazaccio, Ghirlandajo, Benozzo-Gozzolli, etc. «La composición bien cruda y muy acanallada, escribió un día, he aquí lo que ahora nos ofrecen. ¡Este es el ideal! Al ver cómo desfila en nuestros salones esa multitud de pintores, contrista la vulgaridad de la concepción primera; los campesinos enlodados más de lo natural y los obreros borrachones han invadido el arte francés. Esto no alegra, y sin embargo, nada hay más interesante que lo *moderno*; lo moderno por el carácter, la presencia y... vacilo en escribir esta palabra tan gastada... por el estilo. Los grandes artistas bonachones de Florencia, furiosos modernistas, han pasado el tiempo reproduciendo lo que tenían á la vista; pero ¡con qué emoción, qué grandiosidad, qué ciencia!... Cuando se penetra en el coro de Santa María la Nueva, en Florencia, y se ven frescos de Ghirlandajo, experiméntase una emoción respetuosa, y es preciso inclinarse ante aquella manifestación sublime de un arte probo. Allí no hay ejecución; una sencillez de medios asombrosa es la causa evidente de esa belleza soberana.

»A mi modo de ver, la pintura ideal es aquella en que la ejecución desaparece, en que la belleza de las formas y de los colores es lo único que nos encanta: aligerados de las preocupaciones de oficio, procuremos llegar más allá, pasando á las regiones serenas de la Poesía, donde Ingres y Corot campean victoriosamente.»

¿No son estas líneas la mejor explicación de las pinturas de la Sorbona? Con un valor de ejecución, despréndese de esas vastas composiciones un perfume de arcaísmo y de filosofía. Es algo más y mejor que el decorado ordinario, por mucha belleza que éste tenga.

Por otra parte, facultad bien rara en nuestra época de especialistas, en la que muchos pintores se contentan con rehacer toda su vida el mismo cuadro, el talento flexible de F. Flameng sabe amoldarse á todas las formas del arte. Las cualidades naturales para la disposición, la composición y la vida, que hacen del decorado de la Sorbona un conjunto tan notable, hállanse en sus ilustraciones para las obras de Víctor Hugo ó en muchos cuadritos microscópicos.

Hace poco tiempo F. Flameng exponía en los *Mirlitones* un pequeño lienzo que llevaba por título *Bonaparte, oficial de artillería, en su buhardilla de Valence*, y que era una verdadera joya por el color y la expresión.

En el Salón último *El ejército francés en Holanda* es indudablemente uno de los mejores lienzos que ha expuesto.

En la calle de Armaillé, en medio de un vasto jardín, Francisco Flameng habita una casa muy grande y curiosa, llena de obras de los maestros antiguos y modernos. En aquel retiro, donde reinan la calma y la tranquilidad, el artista trabaja desde la mañana hasta por la noche sin tregua ni reposo, feliz y satisfecho con su suerte.

Su método es de los más sencillos, esto no obstante no me atreveré á decir que se halla al alcance de todo el mundo. Cuando le preocupa la idea sobre el asunto de algún cuadro, enciende cuidadosamente su pipa, se tiende en un diván, y reflexiona en todo sentido sobre la composición proyectada, sin detenerse hasta el momento preciso en que se desprende de su cerebro la fórmula grave y sencilla del cuadro soñado.

¡Qué deliciosas y cuán torturantes á la vez son esas horas de trabajo intelectual para aquellos que aún profesan el culto de la composición! Y sin em-



EN VENECIA, cuadro de Francisco Flameng

bargo, esas cosas se tienen poco en cuenta por muchos artistas y críticos.

Ya no se hacen cuadros, sino fragmentos [cuando más; pero todo es cuestión de moda: la evolución de la estética es eterna, y muy pronto se hará justicia respecto á esos desdenes artísticos que ocultan el vacío del cerebro bajo una afectación de plan preconcebido. Sería por demás sencillo no pensar nunca.

Flameng lo ha comprendido bien; pues nunca contento, comenzando de nuevo sin cesar, borrando y demoliendo, busca siempre lo mejor y tiende al objeto más elevado.

La simpatía de muchos, la amistad de algunos y la mala voluntad de un gran número sostiénenle en la vida. Y me complazco en decir aquí lo que es ese buen compañero, ese notable artista, de talento y de corazón: uno de los mejores de la joven escuela, uno de aquellos con quien se puede contar y que se llama Francisco Flameng.

GEORGES CAIN



GROLLIER VISITANDO LA IMPRENTA DE ALDE MANUCE, EN VENECIA
Pintura decorativa para una chimenea del Grollier-Club de Nueva York, por Francisco Flameng



SECCIÓN AMERICANA

LA VIRGEN DE COPACABANA

(VIAJES POR AMÉRICA)

En la altiplanicie perú-boliviana asentada entre las dos repúblicas que fueron un día Imperio de los Incas, encuéntrase el famoso lago Titicaca, océano abreviado, desesperación de sabios y tortura de geólogos, para quienes ha sido imposible penetrar el misterio insondable con que natura ha rodeado aquella sorprendente humorada de sus ratos de ocio.

El lago de Titicaca es un inmenso receptáculo al cual afluyen por estrechos cauces veintitrés ríos y algunos arroyos de escasa importancia.

Rodean la gran cuenca hidrográfica altas ramificaciones de la cordillera andina, que con el lagrimeo constante de sus afiligranadas crestas, coronadas de nieve, fertilizan las llanuras que circundan al monstruo.

Vese orgullosamente situado el Titicaca en la meseta del Collado entre los 15° 30 y los 17° 20 de latitud meridional y entre los 65° 14 y los 67° 11 de longitud occidental. Sus costas del N. y del O. pertenecen á la república del Perú, y las meridionales y orientales á la de Bolivia.



DELANTE DEL FACISTOL, cuadro de Francisco Flameng

Tiene tan famoso lago cincuenta y cinco leguas de largo de N. á S., veintiuna de anchura media, ciento cincuenta y seis de circuito y mil doscientas leguas cuadradas de superficie.

Este mar de agua dulce, sujeto á las periódicas oscilaciones del flujo y reflujo, en cuyo seno guarda tormentosos empujes y tempestades imponentes, elévase sobre el Pacífico á tres mil novecientos quince metros.

Tiene ensenadas ó bahías para arribadas forzosas, cómodas y resguardadas, y pequeñas bocas que dan acceso á otros lagos tributarios ó hijos menores del padre común, entre los cuales pueden citarse por su extensión el Azángaro, el Chucuito y el Vinamarca. Este último, con veintiuna leguas de largo por ocho de anchura media, comunica con el jefe de la familia por el estrecho de Tiquina.

El sondeo practicado en el gran lago arroja desde diez hasta treinta brazas de calado en el interior y de cuatro á seis en las inmediaciones de la costa, ofreciendo la particularidad de carecer de bajos y de bancos que pudieran dificultar la navegación.

De su anchuroso seno álzanse multitud de islitas, una de las cuales es digna de ser mencionada por el papel que la tradición romancesca y la historia le hacen representar de consuno.

Dícenos la novela de los siglos que la isla llamada Titicaca ó Chucuito fué la primera residencia de Manco-Capac, fundador de la gloriosa dinastía incásica y conquistador á la vez que civilizador del Perú primitivo.

El Hijo del Sol recibía del astro rey sus órdenes en aquella isla, y allí mandó levantar un famoso templo, cuyas ruinas son hoy el asombro de cuantos geólogos ó viajeros curiosos las visitan.

El templo erigido por el astrólatra encerraba entre sus moles de granito á las vírgenes llamadas del Sol, porque al sol dedicaban su virginidad y su vida, siendo tenidas como tesoro inmaculado de aquella generación que regía sus destinos por las revelaciones y mandatos de la astromancia.

Dos leguas y media de largo por una escasa de ancho y cinco próximamente de costa forman el terruño fértil, montuoso y mal cultivado, á pesar de su agradable temperatura.

Cuando la civilización cristiana llevó la cruz al mundo que en el espacio contrabalanceaba el nuestro, sin que sospechásemos deber el equilibrio á un balancín oculto, llegaron los españoles á las orillas



EN LA CORTE DE ENRIQUE II, cuadro de Francisco Flameng

del Titicaca; y ¡por Dios que debieron asombrarse de que atajase el ímpetu de su carrera aquel brazo de mar, que tan pronto amedrenta con sus furiosas olas, como descansa tranquilo para servir de movible espejo al firmamento azul que en él se mira!

La dinastía de los Incas, tronchada y dispersa por luchas fratricidas, como cualquier dinastía europea de aquellos tiempos, vió derrumbado su poderío y su esclavitud triunfante, bajo las armas de los hombres blancos, que no eran hijos del sol, porque ni le adoraban, ni respetaban sus templos ni sus imágenes.

¡Para vírgenes de carne y hueso estaban los conquistadores!

La isla del Sol fué destinada á colonia penitenciaria durante la época del coloniaje; y desde que la independencia americana formó en el continente naciones libres, ha quedado triste, solitaria y muda, alumbrada por el astro cuyo nombre lleva hoy, engalanándose únicamente cuando á sus playas atracan

las embarcaciones que conducen algún sabio investigador, algún fotógrafo curioso ó algún viajero instruído.

No es esta la sola isla que brota de las profundidades titicaqueñas; hay otras muchas, entre las cuales merecen recuerdo por su extensión las Carlonge, Coata, Taquite y Aimantaro.

Y ya que me he propuesto dar una idea geográfica del lago Titicaca, diré que no ha podido encontrársele comunicación indirecta ni directa con el mar, ni menos al lago de Ullagas, situado en territorio boliviano, y con el cual comunica el padre eterno de los de su clase por medio de un canal llamado desaguadero, cuya anchura varía entre ciento veinte metros y legua y media, en sesenta leguas próximamente de curso.

Pues si el Titicaca no tiene comunicación con el mar, ni la tiene el Ullagas, ni menos el larguísimo cordón umbilical que los une, ¿dónde se ocultan las aguas que refluyen después de las salidas naturales y periódicas, sujetas como las del mar á la marea viva de novilunios y plenilunios?

Yo no he de contestarme; bien segura estoy de ello; y como no me ha convencido aquello de la evaporación por un lado y las vertientes andinas por otro, porque ni estas señoras gastan reloj ni son lunáticas, sigo esperando á que un genio superior á Humboldt y á Falb y á tantos otros que se han vuelto tarumbas por descubrir el misterio, vengan á sacarnos de una duda geológica, tan bella como intrincada.

¡Si tendré yo razón al decir que el lago de Titicaca con sus islas, sus golfos, sus ensenadas, sus ancones, sus pescados sabrosísimos, sus calmas, sus tempestades y sus mareas, ha sido una humorada de la naturaleza para abatir el orgullo del hombre, que se precia de averiguarlo todo!

Para que resulte más incomprensible y más grandiosa la majestad del piélago anchuroso, las consejas indígenas hanle prestado su concurso fantástico, y como artículo de fe juran los indios que cuando sus antepasados vieron sus tesoros expuestos á la rapacidad de los conquistadores, arrojaron al lago riquezas fabulosas, entre ellas la famosa cadena del Inca Huascar, construída en el reinado de Huaina-Capac, la cual cadena tenía doscientas treinta y tres varas de largo con un grueso enorme correspondiente á la dimensión, y con la que pudieran cercarse muy holgadamente seis mil personas.

Si habrán salido argonautas tras semejante vellocino, excusa preguntarse; pero lo cierto y verdad es que ni un eslabón pudieron hasta el día pescar los muchos mareantes que han echado las redes de la codicia para buscar los tesoros de Huascar.

Sobre las aguas del Titicaca, en las orillas, vense grandes manchas de *totora* (enea), con la cual construyen los indios las canoas de que se sirven para el transporte de sus frutos y ganados.

***

Eran las once de la mañana de un día de enero, época de torrenciales lluvias en aquellas regiones.

El vaporcito *Yapurá*, que había de conducirnos á Bolivia, quedábase fondeado bastante lejos del muelle de Puno; pues debiendo salir con la luna, no podía zarpar hasta las dos de la madrugada.

La mañana estaba deliciosa, y á no ser porque los rayos del sol cayendo perpendiculares nos producían ese vivo escozor que precede á los grandes jaleos atmosféricos, hubiéramos asegurado que nos engañaban embarcándonos al mediodía para librarnos del horroroso chaparrón que indudablemente se estaba formando en las alturas, con las absorciones del Titicaca.

Atracadita al muelle descansaba una balandra, sobre cuya cubierta veía yo moverse algo que de lejos no podía distinguir.

Pronto llegaron á mis oídos lamentos y gritos penetrantes, impregnados de melancolía, de sentimiento, de penas hondas, al parecer, y profundísimas.

Acerquéme impresionada al costado de la embarcación, y se presentó á mis ojos un cuadro tan original como curioso.

Algunos indios de ambos sexos cantaban y se abrazaban llorando á lágrima viva, como si se tratase del funeral de un emperador incásico. Las mujeres se mesaban los cabellos desesperadamente, sin dejar por esto de articular frases en un idioma gutural, ni de rimar tonadas con música monótona, aunque impresionable por lo cadenciosa y extraña.

– ¿Pero qué tienen estos infelices?, pregunté.

Las personas que nos acompañaban se echaron á reir.

– Nada, me dijeron: tienen la borrachera número uno, y están cantándose sus quejas, sus amores, sus celos y sus esperanzas.

– ¿Y por qué lloran?

– Porque en el indio las consecuencias del alcohol y de la chicha son las lágrimas y el amor.

Había entre ellos una pareja interesante: ella era casi una niña, tendría quince años á lo sumo y parecía una manzana del paraíso, de piel achocolatada con chapas de encarnado lacre después de haberlo sometido á las llamas.

Miraba á su compañero de soslayo y apenas contestaba á los gritos de doloroso entusiasmo que brotaban del pecho enamorado del indio. Lloraba éste, se desgañitaba, limpiábase á veces con el dorso de la mano y echaba otras la cabeza sobre la falda de la india.

Tocóle cantar al galán, y lo hizo con voz tan conmovedora, con inflexiones tan tiernas, que rogué me tradujesen lo que había cantado.

«Dime si me amas: no me dejes morir: dímelo en esta hermosa noche de luna. *¡Ay, cunán tutita llay!* (¡Ay, qué hermosa noche de luna!). No seas ingrata, palomita, y acaríciame con tus alas.»

Así decía el indio soltando lagrimones como nueces.

La dama de sus pensamientos rompió también á llorar á gritos, demostrando el mayor desconsuelo

– ¡Se ablandó, se ablandó! ¡Le corresponde!, dijeron nuestros acompañantes, al propio tiempo que la indiecilla cogía la botella de manos del amante, la llevaba á los labios y bebía como si no fuera alcohol su contenido.

– ¡Vamos, vamos!, dejemos á esos borrachines: la *tempesta é vicina*, me dijeron.

– ¡Pero si esto es muy curioso!

– Ya se cansará V. de presenciar escenas semejantes.

Saltamos en el bote que nos aguardaba y nos dirigimos al vapor que no veíamos porque nos lo impedían las *totoras*. Como la cantidad de éstas fuese tanta que nos obstruyese el paso, pregunté por dónde romperíamos.

– Ahora lo verá V.

Y con efecto, lo vi: ya lo creo que lo vi.

La proa del bote acababa de entrar en un túnel de enea admirablemente perforado, aunque tan angosto que apenas podía el botero manejar los remos.

Tardamos unos veinte minutos en recorrer la obscuridad del canal, iluminado á ratos por las raluras de la *totora*, y llegamos al costado del *Yapurá*, un vaporcito pequeño que no carecía de comodidades ni de esbeltez.

Subimos la escala y saltamos sobre cubierta sin que nadie se acercase á recibirnos. Hombres que debían ser de la tripulación izaban la carga y trabajaban como negros, sudando el quilo. Entre ellos distinguíase uno por sus voces de mando y sus grandes botas de montar. – ¡Será un contramaestre!, dije para mis adentros.

Mi sorpresa llegó al colmo cuando supe que era el capitán. ¡El capitán! ¡Qué desencanto! ¡Yo que estaba acostumbrada á los capitanes *gentlemans*, encontrarme con aquel patrón de gabarra!

Me consolé pronto y me puse á nivel de las circunstancias.

– ¡Capitán!, le dije.

– Mande V., contestó sin dignarse mirarme.

– Yo quiero un camarote.

– ¡Camarotes! ¡Dios diera!

– Usted es gallego.

– Para servir á Dios.

– Y á mí, *home*, y á mí, porque somos paisanos.

– ¿Es V. gallega?, preguntó con gran interés dejando el trabajo, cosa inusitada en el capitán del *Yapurá*.

– *Soilo cuasimente*; de la raya de Galicia, *home*, por la parte de Asturias...

El capitán López, que así se llamaba, clavó en mí

PALABRAS DE AMOR, cuadro de Francisco Flameng

sus ojos, y me pareció verlos empañados por un velo de humedad. Dejó el trabajo y bajó con nosotros á la cámara: aquel no era López para los que no le conocían, no era el hombre terco, inflexible y dueño de su voluntad, que surcaba el Titicaca hacía veinte años, que había sido el primero en recorrerlo con lancha y con vapor, que lo conocía más que de muchacho había conocido los caminos de su aldea y que jamás lo abandonaba ni para dar un paseo en tierra.

– ¡Vaya, vaya, gallega! Pues es V. la primera que cruza el lago; no ha pasado por él ninguna desde que yo estoy aquí. Española... alguna... sí,... no me acuerdo bien;... pero gallega, ninguna; estoy seguro. Vamos, siéntense, siéntense.

– ¿Me dijo V. que no había camarote, paisano?

Esto de paisano le supo á gloria.

– No había, pero hay el mío para V. Es decir, camarotes hay, lo que faltan son literas.

– ¿Pues qué se han hecho?

– Las he quemado.

– ¿Cómo?

– Por salvar la vida de un hombre.

– Cuénteme V. eso.

– ¡Qué curiosa la paisanita! ¡Vaya, vaya!

A López se le caía la baba.

Los presentes me llamaban domadora de lobos marinos.

– Vamos, paisano, que me muero de curiosidad.

– ¡Ja, ja, ja!

Aquello era demasiado; el capitán López se reía. ¡Oh recuerdos de la patria en tierra extraña! ¡Qué milagros operáis aun sobre la más ruda corteza!

– ¿Me lo cuenta V.?

– Pues el doctor Corral, dijo López, hizo en Bolivia la revolución al general Daza; salió derrotado, huyó y se me presentó á bordo. Lo perseguían, y yo dije: lo que es á López no se lo sacáis de entre las manos, y salí escapado; pero tanto forcé la máquina, que me quedé sin combustible.

– ¿Sin carbón?

– ¡Sí, carbón! Sin *taquia*.

– ¿Y qué es *taquia?*

– El combustible que aquí se usa; la bosta de las llamas.

– ¿Y eso arde?

– ¿Que si arde? Ya verá V. cómo corremos. Pues nada, que nos cogían en aguas bolivianas, y D. Casimiro Corral tenía asegurados cuatro tiros. Pero dije yo: lo que es á mí no me pesca ningún general Daza, y hachazo por aquí, patada por allá, fuí desmantelando el vapor para alimentar la máquina.

– ¡Bravo, paisano, es V. digno de ser gallego!

– ¡Ja, ja, ja!

Con verdadero cariño nos instaló López lo mejor que pudo; también dió al chino cocinero órdenes especiales, y á la hora de la comida se nos presentó limpio y vestido con relativa elegancia. Aquello pasaba de la raya para todo el mundo.

Yo no le dejaba un pie; le seguía por la cubierta cuando daba órdenes, y me lo explicaba todo como el padre que desea instruir á una hija.

Me dijo que la brújula era cosa de brujerías, que él cruzaba y circunnavegaba el lago todos los días sin el menor tropiezo, sin más que su práctica, y que lo mismo le daban á él mareas altas que mareas bajas.

Salimos, con efecto, á la una de la madrugada, cuando se dejó ver el astro de la noche, y al día siguiente encontramos más de cien canoas de indios, que con músicas, santos y pendones cruzaban de una á otra orilla para celebrar no sé qué fiesta.

El capitán detuvo el vapor para que yo viese desfilar las canoas; suponía que los espectáculos desconocidos habían de agradarme.

A las cinco de la tarde desembarcamos en Chililaya (Bolivia), y López me dijo: «Hasta la vuelta.»

A los siete meses volví á embarcarme en Chililaya, y también me tocó el vapor *Yapurá*, cosa que yo agradecí á la Providencia.

Mis amigas de la Paz me habían recomendado muchísimo que visitase la Virgen de Copacabana si me era posible. Es esta imagen para las bolivianas, como la del Pilar para las aragonesas, la de Begoña para las bilbaínas y la de Covadonga para las asturianas.

– Paisano, dije cuando eché la vista encima al capitán López, tengo que pedirle un favor.

– Vamos á ver, contestó riendo.

– Que toquemos en Copacabana.

– No puede ser, replicó, poniéndose serio y volviéndome la espalda.

Cualquier día me achicaba yo por este exabrupto; le perseguí toda la tarde, le perseguí toda la noche; ni por esas; á las diez me dijo con enojo:

– Acuéstese usted.

– Hasta que no me diga que sí, no me acuesto.

– Pues buenas noches, y se metió en su camarote, dejándome á la luna de Valencia.

Perdí la esperanza y me acosté resignada.

Apenas rayaba el día cuando golpearon con furia á la puerta de mi cuarto.

– ¿Quién?

– ¡Arriba! Estamos en Copacabana, y si á las ocho no regresamos á bordo me marcho.

Me vestí por el aire; nos vestimos todos; entretanto ya López había anunciado nuestra visita para que nos recibiesen en el santuario con los honores debidos.

Cuando arreglada ya subí á cubierta, quedé sorprendida y admirada. ¿Dónde estábamos? A bordo indudablemente, pero no se veía el lago, habíamos fondeado en un bosque de *totoras* y teníamos delante el magnífico santuario con sus infinitos picachos de un orden raro, con mucho de mezquita y no poco de catedral, pero extraño, especialísimo y en consonancia con las montañas que le circundan.

Copacabana quiere decir en aymará *piedra de donde se ve*, y nada más cierto; la vista se extiende allí por el famoso lago, dominando un bellísimo panorama.

Entrando en el pueblo por las vías terrestres se bajan desfiladeros tortuosos, continuamente atestados de romeros, que así del Perú como de Bolivia acuden á la milagrosa imagen, depositaria de todos los secretos y consejera de todas las acciones.

Donde hoy se alza gallardo el edificio, cuya iglesia en forma de cruz mide setenta y cinco varas de largo, hubo en tiempo de los Incas un templo de vírgenes del Sol, y allí se recluía forzosamente á muchas jóvenes pertenecientes á la nobleza y á las altas dignidades del imperio.

La imagen de la Candelaria, que es la de Copacabana, fué tallada en Maguey por un indio, Francisco Titu-Yupanqui, y gracias á una pasta con que el escultor la cubriera, aparenta ser de caoba ó de otra madera fina.

Subimos al camarín, recinto no muy grande que comunica con una sacristía, lleno de joyas, lámparas y exvotos.

Al entrar en la sagrada estancia rompieron á chillar una docena de voces agudas y estridentes que rajaban los tímpanos, acompañadas por un indio que á fuerza de dar patadas á un armónium, hacíale sonar cuando el aire no escapaba resoplando por las mil aberturas que debían tener los fuelles.

– ¡Misericordia!, dije. ¿Qué es esto?

– La bienvenida, contestó el capitán, que había llevado su bondad hasta servirnos de guía.

Fueron poco á poco acostumbrándose mis oídos y la música no me pareció tan ingrata. Llenaba de inefables dulzuras todo mi ser, y escuché, escuché con atención hasta embeberme circundada por una aureola de misticismo que me transportaba al empíreo. ¿Qué dirían aquellas voces? Vocalizaban, y vocalizaban perfectamente, pero yo no las entendía; cantaban en aymará... ¡Cuánto hubiera dado por ser india de esta raza en aquellos momentos!

De exaltación en exaltación, llegué á creer que la Virgen me miraba, que me sonreía, adivinando lo que mi alma estaba sintiendo. Pero yo no acertaba á contemplarla, no podía. ¡Qué cosa tan rara!

Levanté los ojos decidida á estudiar su rostro, y lo encontré bellísimo, correcto, de facciones incásicas, de color tostado, y tan expresivos y tan parleros sus ojos, que cerré los míos, reconcentrando el pensamiento para no volverme loca. A mi alrededor había unas indias que lloraban, lloraban á moco tendido, elevando suplicantes sus manos hacia la Virgen y prodigándola frases ternísimas: también rompí á llorar; me ahogaban los gemidos, y sufrí una congoja, cayendo desvanecida.

Recobré pronto las fuerzas y no quise salirme: deseaba oir la misa que á devoción nuestra iba á celebrar un canónigo amigo que allí encontráramos.

Pero apenas apareció el sacerdote revestido comenzaron las indias cantoras á entonar la misa, acompañadas á trompetazo limpio por el músico, que abandonó el armónium para coger un fagot abollado y lleno de cardenillo.

El susto que llevé fué mayúsculo al sonar el primer fagotazo: ni pude prestar atención al celebrante ni me fué posible levantar de nuevo los ojos hacia la imagen; aquello era terrible: los tenía á mi derecha pegaditos al oído, y tan pronto me exaltaban los nervios como me daban unas tentaciones furiosas de reir á carcajadas.

El canónigo, que era hombre ilustrado y amante de la música, debió tener compasión de nosotros, porque despachó la misa en un periquete; mas apenas desapareció por la puerta de la sacristía, comenzaron de nuevo el llanto y las súplicas de las indias contando sus cuitas á la reina del cielo, y comenzaron también las cantoras á despedirnos con música triste y cadenciosa como la primera.

Otra vez se me oprimió el corazón y clavé los ojos en la Candelaria. Como antes, me miraba tierna y dulcemente, sonriéndome con promesas halagadoras.

Surcaron mis mejillas las lágrimas y no pude dejar de suspirar hasta no encontrarme en la calle.

Mis amigas de la Paz me habían dicho que á la Virgen de Copacabana no se la podía mirar con los párpados enjutos, y ya iba yo creyendo que tenían razón.

Vi las joyas que constituyen el tesoro de la *indiecita*, y quedé asombrada; pero subió de punto mi asombro cuando me dijeron que habían sido sus riquezas tan fabulosas, que el general Sucre había mandado fundir y acuñar la plata y el oro el año de 1826, vendiendo al propio tiempo las joyas, que sirvieron para sacar á la patria de grandes apuros.

Cuentan á propósito de esto que un general inglés, al servicio de Bolivia á la sazón, compró en ocho mil pesos un collar de perlas para regalarlo á su prometida, y que sólo una vez pudo ésta lucirlo por habérsele inflamado la garganta, de cuyas resultas bajó al sepulcro.

A las cuatro de la tarde de aquel mismo día llegábamos á Puno. Era la época de los hielos.

El sol se ocultaba tras los elevadísimos cerros que cercan la población: ninguno de nosotros respirábamos; la marea estaba baja, y á pesar de esto quería el capitán atracar al muelle.

¿Cómo?

Entrábamos por un canal estrechísimo, cuyo fondo era suficiente para la quilla del *Yapurá*, pero apenas en sus angosturas cabía ésta.

El más pequeño desvío nos hubiera hecho embarrancar en el fango negro y espeso que divisábamos bajo un palmo de agua.

El capitán manejaba el timón con la vista clavada en los cerros; eran su brújula para entrar en Puno por aquel canalillo, y desafío al mejor marino del mundo á manejar una lancha en tales circunstancias.

Los pasajeros nos agolpábamos á las bordas. La proa estaba descubierta: el capitán miraba al bauprés y miraba los cerros, no veía nada más.

Nos acercábamos al muelle: unas brazas antes de llegar soltó el timón; habíamos atracado sin el menor tropiezo.

¡Y no fueron aplausos los que se ganó el gallego!

– ¿No le dije á V. que llegaríamos de día y que con marea ó sin marea saltaría V. desde el vapor al muelle?, me preguntó lleno de orgullo.

– Sí, señor; y ahora me explico que para V. sean las brújulas cosa de brujería.

Nos despedimos.

– ¿Ha prometido V. á la Virgen volver á Copacabana?, me preguntó con interés.

– No, paisano.

– ¡Viaje perdido!... ¡Y yo que la llevé á V. confiando en que se lo prometiese!

– Vaya, continuó sonriendo después de una pequeña pausa, hasta la eternidad ¿eh?; porque ni V. volverá por aquí, ni yo saldré jamás del lago Titicaca.

Le dije adiós con lágrimas en los ojos. Y la verdad es que le estaba engañando, porque yo había ofrecido volver á visitar á la indiecita de la Candelaria.

EVA CANEL

EL ARTE Y EL REGIONALISMO

No hace un año todavía, trataba yo este tan interesante como latente problema, dando principio á mi trabajo con estas frases de Bluntschli: *La desaparición de las provincias no deja, sin embargo, de destruir los caracteres originales y los gustos naturales: una gran uniformidad ahoga muchas veces la parte sana y fecunda de la vida de un pueblo.* Parecióme que no sería sospechoso de regionalismo el eminente pensador, y aun cuando refractario á toda cita en apoyo ó en contra de las ideas que sustento, por creer que, buenas ó malas, hoy se necesitan más ideas originales que textos, sin embargo, no dudé un instante en lo de transcribir esa gran verdad del autor de la *Théorie générale de l'Etat*, para no pasar ante los adversarios de la *región* como uno de tantos fanáticos que la defienden porque sí; y aún hube de agregar á lo dicho por Bluntschli lo que Dumas (hijo) dice en su prólogo de la *Femme de Claude*: *Vivimos en una época en que cada raza ha resuelto reivindicar y poseer, como quiera que sea, su suelo, su hogar, su lengua y su templo*, por parecerme que podría hacerles daño la célebre frase de Sieyes.

Prescindo al presente de lo que en mi citado tra-



LA CARTA, cuadro de G. la Monica

bajo decía respecto de la esterilidad á que en artes y literatura se ven condenadas, desde hace unos veinte años, las grandes unidades centralizadoras recientemente constituídas, como son Alemania, Italia y Austria, – y digo recientemente porque en la vida de los pueblos ni treinta ni cincuenta años son largas fechas, – para entrar de lleno en la defensa del regionalismo, hoy combatido con desesperado ardimiento por quienes debieran meditar con más calma los argumentos que esgrimen; los cuales argumentos, volviéndose contra ellos, les dejan bastante mal parados ante la verdad histórica, la científica y la filosófica. Y puesto que desde el punto de vista del arte voy á examinar esta cuestión, principiaré diciendo como hace un año: «Las grandes unidades, obligando á pensar, á sentir, á obrar, á desarrollarse con arreglo á un patrón y á un criterio á distintas razas y pueblos, llegan á determinar en éstos, bien la anulación intelectual, bien la forzosa reivindicación, señalada por sus naturalezas y por su historia. Así lo demuestran Irlanda, el Piamonte, la Toscana, el Languedoc, la Bretaña, los antiguos Estados de la Confederación germana, Cataluña y Galicia; regiones ó naciones son éstas que, unas tratando de romper la amarra centralizadora, otras disponiéndose á una campaña redentora que les devuelva la libertad necesaria para que sus organismos funcionen sin que extrañas ingerencias y distintos criterios puedan torcer, adulterar ó anular en nada el modo de ser peculiar á ellas, nos prueban que, así como la ciencia moderna considera imposible la autoridad absoluta de la monarquía, así también el desenvolvimiento cada vez más amplio de la inteligencia y la complicación cada vez mayor de las necesidades sociales rechazan el absolutismo centralizador, que aplica una misma medida al terreno llano que al montuoso.»

Y de todas las manifestaciones intelectuales, la que más sufrió y sufre con las inflexibles leyes centralizadoras es la artística. En vano los centralistas sacan á relucir entre nosotros el cristo del siglo de oro de nuestro arte. Es en vano que apoyándose en el libro de Sismondi *De la littérature du midi de l'Europe* digan que tiene razón al declarar que el carácter un tanto oriental de nuestros escritores, se le presente como grave dificultad para juzgarles con acierto, porque este carácter les aparta de los de todo el resto de Europa; y que, haciendo hincapié en tal declaración, la cual no favorece gran cosa los pretendidos conocimientos que de nuestra literatura tenía Sismondi cuando escribió su obra citada, digan que la larga residencia de los árabes en España, el sol ardentísimo *casi africano* que derrama su lumbre sobre gran parte de Andalucía, las dos Castillas, León y Valencia, *sin que templen sus rayos las montañas de las Provincias Vascongadas, Navarra, Galicia, Asturias y Cataluña*, formasen nuestra nacionalidad intelectual (1). Es en vano que se esfuercen en demostrar que nuestros grandes pintores del *áureo siglo*, son ante todo florescencias brotadas al calor de la unidad patria, y sus obras conjunto armónico de un mismo sentimiento, porque todas esas astucias tan sólo á miopes pueden convencer, como á probarlo voy ahora mismo.

Doy de lado á lo de *un tanto oriental* de nuestros escritores, porque no quiero remover los huesos del Rey Sabio, de Macías, de Juan Rodríguez, de los troveros lemosines y provenzales, de gran número de poetas de la corte de Juan XI de Castilla, ni hablar del autor de la *Atlántida*, ni de Aribau, ni de Curros, ni de Rosalía Castro; asimismo doy de lado á lo de *sin que templen sus rayos las montañas de las Vascongadas, Navarra*, etc., regiones que ocupan bastante más de la mitad del territorio ibero; ni tampoco quiero hacer constar que el movimiento regionalista no se circunscribe, como dice el señor Sánchez Moguel, á Galicia y Cataluña solamente, porque Valencia, las provincias vascas, las Baleares y Asturias, un día y otro prueban lo contrario con sus trabajos literarios y artísticos; quiero tan sólo demostrar con la historia de la pintura en la mano lo inexacto de las afirmaciones de los centralistas.

Veamos nuestro arte de los tiempos medioevales. Aun dentro de la idea cristiana, las diferencias de expresión, de sentimiento, de forma, son tan notables como notables también las diferencias de las ideas políticas y filosóficas de cada región. El sentido estético y religioso de la arquitectura y de la iconología é iconografía de las provincias del Norte y del Noroeste y la de las de Castilla, Aragón y Cataluña es tan distinto como su suelo y sus abolengos étnico é histórico. Dentro del arte mismo de Vezelay y de la isla de Francia, aportado á Cataluña y Norte de España por los cistercienses, las diferencias se acentúan de visible modo, pues mientras el reformador del Císter, el singular hombre que bebía aceite creyendo que era agua, el inflexible San Bernardo, oponía casi una excomunión á la decorativa de los monumentos de su orden, por entender pagana la figura é indigna de la severidad de la iglesia de Cristo, y con arreglo á tal criterio se levantaban monumentos verdaderamente desnudos de toda otra belleza que la que pudiera prestarles la línea pesada de aquella arquitectura; por otro lado, los alientos revolucionarios de los benedictinos de Cluny venían en ayuda de los que las escuelas libres de Ripoll y Celanova daban á los mazoneros, implantando la libérrima escuela artístico-religiosa, que trazó con caracteres de un naturalismo casi heterodoxo la sátira, el epigrama, el simbolismo teológico. Ahí están Leyre, Ripoll, el Pórtico de la Compostelana, y tantos otros monumentos que atestiguan lo afirmado.

Pero las distintas regiones de la península, á su vez diéronle á este arte un carácter perfectamente ajustado á las tendencias y orígenes de raza. Mientras en las regiones de Galicia y Asturias el sentimiento generador de la obra es sombrío y terrible, y algunas veces de alto valor histórico por representar escenas como la muerte de D. Favila, y acusan un espíritu trabajado por carácter hondamente melancólico, que más entiende el concepto de Dios desde el punto de vista con que el *Dies iræ* nos le muestra, confirmando lo que he sostenido en otra ocasión acerca del carácter de la imaginería de estas regiones, en el que la variedad de mitos, no por cierto antropomórficos, acusan una mezcla de telurismo y lirismo que podría llamarse osiánico, en Navarra y Castilla, si también inspirado en sentimiento bastante análogo, tuvo sin embargo doble fisonomía, más poética dentro del concepto cristiano y dentro del concepto filosófico; como que recibieron directamente las ideas cosmopolitas del arte francón.

Pero donde el arte medioeval revistió variedad infinita – para aquellos tiempos – de manifestaciones, fué cuando el gótico dominó el centro de España, pues son muy pocos los monumentos de tal estilo que se alzaron en las regiones del Noroeste. Sería tarea larguísima reseñar cómo el epigrama, la sátira, la historia, así profana como religiosa, tuvieron cabida en las fábricas del ojivo. Sería interminable reseñar cómo las tendencias regionalistas imprimieron sello indeleble á la parte decorativa de esos monumentos, dándoles unas carácter naturalista, otras eminentemente teológico, otras tinte pagano. Quienes pretendan ver un mismo espíritu creador en esa ima-

(1) *La historia de España y los separatismos provinciales.* Luis Vidart. Ateneo. Tomo III, cuaderno 4.°



EN LAS PLAYAS DEL HAVRE, cuadro de A. Stevens, grabado por Baude

(Exposición del Campo de Marte, París. 1890)



SALVE REGINA, cuadro de Luque Roselló, grabado por Sadurní

(Exposición Nacional de Bellas Artes, Madrid, 1890)

ginería por muchos conceptos admirable, desistan de estudiar las manifestaciones del arte entre nosotros, porque esos son ciegos.

Las diferencias regionales desaparecen en ese mismo arte al terminar la reconquista. Desde el siglo XVI el arte es uno, obedece ya á la idea de la uniformidad, á la idea de la unidad impuesta por la política teocrática. Cesara el mazonismo con el arte ojival, y la pintura de la escuela Castellana, alentada por *Dello* y *Massacio*, después por *Sturmio* y *Van-Eyk*, en vez de seguir los distintos géneros que los mazoneros cultivaran, no pudo seguir más que el religioso. Y aun en este género se advierte un atavismo de muchas centurias. El concepto, la inspiración, más parecen de aquel siglo en que el Abad de Claraval clamaba: «Por qué, ¡oh Señor!, no has perdonado á tu pueblo!,» que no del siglo en el cual los Papas, los Médicis y tantos otros príncipes y magnates sostenían el fuego sagrado de la inspiración, perfectamente pagana, de los Miguel Angel, Rafael, Veronés, Tiziano, Vinci, etc. Desde Céspedes, Herrera el Viejo y tantos otros pintores que á Roma fueran en busca del arte renaciente con sus nuevas y distintas fases y caracteres, hasta Coello, viéronse precisados á renunciar á todo género pictórico que no fuese aquel que el espíritu intransigente del fanatismo religioso impusiera á título de reconquistador de la nacionalidad española. ¡Ay! El gran arte español, que aparece genuino bien pasado el primer tercio del siglo XVI, muere en el segundo del XVII. Y vivió esos ciento cincuenta años por la poderosa fuerza genial de los artistas que le sostuvieron, no ciertamente por la idea dominadora de la unidad, especie de mansión encantada que se fabricara á la sombra de la fe católica, la poderosa falange teocrática. El examen concienzudo de nuestra rica pinacoteca de Madrid no da otro resultado que el de admirar la potencia creadora, la virilidad, la nobleza y el realismo de nuestros pintores, desde el nombrado Céspedes hasta Coello, y deplorar el estrecho círculo en que hubieron de moverse aquellos colosos.

Y sin embargo, aún puede observarse en esos pintores del poderoso Estado español la tendencia regionalista, si obscurecida para el desenvolvimiento de los asuntos, muy clara en el procedimiento. Nadie que se precie de conocer un poco la historia de nuestra pintura ignora en qué regiones asentaron más la escuela del Norte y las italianas. Distínguese la escuela llamada Castellana de la de las provincias de Levante y ésta de la del Mediodía, con tanta claridad como la Parmesana de la Florentina, la de Brujas de la de Rotterdam.

Pero no fué esta diferencia regional bastante para detener el derrumbamiento de nuestra pintura. La uniformidad centralizadora redujo al género religioso de adoración todo el arte pictórico; y cuando la fe concluyó de enfriarse y tan sólo la hipocresía dominó en la sociedad española, ese nervio del alma dejando de vibrar, no fué ya fuente de inspiración para el pintor, aun cuando éste respirase un ambiente saturado de incienso y mirra.

Y mientras nuestra funesta centralización uniformista así ahogaba la compleja variedad del arte, la subdivida Italia, contando artistas de menor mérito, en ocasiones dadas, que nuestros Zurbaranes y Canos, nos arrollaba por la magnitud de la órbita dentro de la cual se desenvolvía el espíritu creador, y las minúsculas patrias de los Dureros, Snyders, Van-Dyk, Teniers y Rembrandt, cultivando la pintura religiosa, sabían sin embargo medir toda la importancia que, para la vida del arte, residía en el mundo humano y en la naturaleza, y mientras aquí agonizaba nuestra pintura, allí se conquistaba la luz y el género, las costumbres, la historia y el paisaje adquirían valor propio, suficiente á preparar una evolución total y á determinarle tan interesante como en realidad le vemos en el siglo XVIII.

Solamente un genio se atrevió á protestar contra la tiranía dominadora, y á esa protesta, tanto como á su talento, débele Velázquez ser hoy la admiración de propios y extraños. Si Velázquez hubiese inclinado la cerviz al yugo de la idea religiosa, su gloria no sería tan grande, porque no hubiera tenido motivos donde lucir desembarazadamente su privilegiada paleta. Los holandeses, los venecianos, son más brillantes que nuestros grandes maestros, siendo éstos superiores coloristas. ¿Por qué? Porque las paletas de éstos, forzadas únicamente á pintar los dolores del arrepentimiento que llevó á los ascetas, santos y frailes á las más extravagantes alucinaciones, no podían ir en busca de las tintas alegres que en otras ideas y en otras fases de la vida y del espíritu humano encontrarían.

Déjense de fantasmagorías los imitaristas. No vengan con la cantilena de que el derecho público desea constituir una confederación universal; de que la ciencia en sus más altos ideales tiende al cosmopolitismo; de que en Italia y Alemania, la idea de la unidad hace acallar antagonismos y preocupaciones locales, porque esto último es falso, lo segundo no es nada y lo primero no es cierto.

No parece sino que las luchas de *redentistas* é *irredentistas*, los odios de toscanos, napolitanos y piamonteses, son invenciones de desocupados; no parece sino que los Estados de Nassau, de Wurtemberg con los demás que componían la antigua Germania no protestan un día y otro contra la absorbente política imperial y muestran su descontento oponiéndose á las exigencias indispensables de un Estado hecho con astucias y sostenido con bayonetas; no parece sino que Irlanda no tendrá en breve su autonomía y su parlamento y sus leyes, y que Escocia no será autónoma también. ¿Qué tiene que ver el derecho público en su abstracto idealismo, con las leyes formadas al influjo del *territorio* del *medio natural* y de la *raza*, de que nos vienen hablando desde Hipócrates hasta Montesquieu, el que agrega á estas influencias la del *clima?* Y no hablen del arte... El arte no puede existir en Estados donde las grandes fuerzas intelectuales tienen que estar á merced de las contingencias de una política centralizadora. Hoy, convirtiendo la mirada á Italia, podemos convencernos de la esterilidad artística en que yace, juntamente con su aliada Alemania. ¿Dónde están los herederos de Donizetti, de Rosini y de Bellini, de Vagner, de Mozart, de Bethoveen, de Lessing, de Heine y Ghoete, de los Thorwalssen y Canova? ¿Qué artistas cuentan esos colosos para poner frente á los ingleses á los suecos y á los franceses?

Nuestro movimiento regional se acentúa cada vez más, y mientras el imitarismo nacional nos da dos poetas y medio, – según Clarín, – de las regiones surgen un Verdaguer y un Curros Enríquez; la pintura se repliega hacia las provincias olvidando la insípida vida cosmopolita, tan falta de colorido como de arte; la escultura hace lo mismo que su otra hermana, y la música emprende redentora peregrinación por las regiones de la península en busca de originalismos que no puede ofrecerle la epilepsia y la neurosis de los organismos cuyas fuerzas se agotan en combatir las diferencias provinciales, que son las que en algo sostienen nuestra energía contra la más horrible de las decadencias que hace muchos años viene enervándonos.

R. BALSA DE LA VEGA

NOTICIAS VARIAS

UN EDIFICIO DE 26 PISOS – En la ciudad de Nueva York se inauguró el día 10 de diciembre último un edificio colosal, destinado á los servicios de publicación é impresión de uno de los principales diarios americanos, el *New-York-World*. Este edificio, el más alto é importante que posee una sociedad particular, consta de 26 pisos y remata en una cúpula con una linterna cuya plataforma está situada á 93 metros sobre el nivel del suelo. La impresión se efectúa en los sótanos destinados exclusivamente á las máquinas, y la composición en el piso duodécimo, lo propio que la fabricación de las materias de impresión; de suerte que los caracteres no salen nunca del lugar en donde se emplean. La superficie total de los pisos es de unos 13 000 metros cuadrados; las columnas de hierro forjado representan una longitud de 3 kilómetros y de 26 las viguetas; el peso del hierro y del acero que han entrado en la construcción se eleva á 2.300 toneladas. El edificio es todo de ladrillo, calculándose que el cubo de los ladrillos utilizados equivale al de los que entran en la construcción de 250 casas ordinarias.

LAS HERRADURAS DE PAPEL. – En las esferas militares de Alemania se estudia la sustitución de las herraduras comunes por herraduras de un papel comprimido, que á una elasticidad muy favorable para la marcha une la ventaja de ser insensible á la acción del agua y de los líquidos de las cuadras. Esta nueva herradura se compone de hojas de papel apergaminado y convertido en impermeable por la acción del aceite de trementina, fuertemente encoladas con una mezcla de trementina de Venecia, blanco de España, laca y aceite de lino litargirio. Reunidas varias hojas de papel previamente cortadas ó encoladas desde luego y modeladas por medio de un molde, se las somete á una alta presión hidráulica, y una vez seca la herradura se pule ésta con lima. También puede utilizarse una pasta de papel mezclada con arena, trementina, laca y aceite de lino litargirio, que se comprime en moldes, de modo que se obtenga, después de la conveniente desecación, una masa perfectamente homogénea é impermeable; pero la experiencia ha demostrado que las herraduras así preparadas son menos fuertes y menos elásticas que las fabricadas con hojas de papel sobrepuestas. Unas y otras pueden aplicarse con clavos ó con una cola compuesta de brea mineral y caucho.

NUESTROS GRABADOS

La carta, cuadro de G. la Monica. – Con este cuadro ha dado á conocerse, por decirlo así, un nuevo pintor italiano, salido de la escuela napolitana, que hace su presentación en el mundo del arte, no como inexperto bisoño, sino como aguerrido veterano.

El asunto de la pintura por sí solo se explica: la carta, á juzgar por la impresión que en la lectora produce, debe ser epístola amorosa, y las dos jóvenes son á no dudarlo hermanas entre las cuales no existen secretos y sí aquella confianza, aquella intimidad que tan bien sientan en corazones despertados al sentimiento por una misma madre.

La composición sin ser de alto vuelo acusa verdaderas dotes artísticas en su autor: un tema agradable, disposición graciosa de los elementos que integra, corrección en el dibujo, expresión y naturalidad en las figuras, son condiciones suficientes para justificar nuestro aserto.

El sello de elegancia y distinción que en su cuadro ha sabido imprimir demuestran que las tendencias del Sr. la Monica se ajustan á la escuela naturalista que podríamos llamar del buen tono y que tantas obras maestras ha inspirado á los pintores de todo el mundo, pero sobre todo á los franceses, quienes en la atmósfera de los salones de la alta sociedad han respirado el buen gusto que tan de alabar es en todas las manifestaciones artísticas.

* * *

Salve Regina, cuadro del Sr. Luque Roselló. (Exposición Nacional de Bellas Artes, Madrid, 1890). – Desde Roma envió nuestro distinguido compatriota á la última Exposición que se celebró en Madrid el cuadro que reproducimos, y bien se echa de ver que el tal lienzo en la campiña romana está inspirado, y que quien lo pintara no ha desaprovechado las buenas lecciones que en aquella artística capital se aprenden, ni ha desperdiciado las ocasiones que para el estudio ofrecen en aquel emporio de las artes bellas la riqueza y variedad de excelentes modelos.

Sin negar que algún detalle acuse cierta inexperiencia en su autor, el *Salve Regina* ofrece en su conjunto y en las más de sus partes brillantes toques y notas exquisitas que patentizan la existencia de una cabeza que sabe pensar bien y de un corazón lleno de sentimiento. El espíritu religioso que alienta en la población campesina de los alrededores de la capital de Italia está impreso en todas las figuras, cuyos rostros y actitudes guardan perfecta armonía con el estado de sus ánimos al invocar á la amorosa Madre de Dios con la hermosa salutación cuyas primeras palabras constituyen el título del cuadro.

El paisaje está bien entendido y dispuesto de modo que refuerza el interés que el grupo del primer término despierta en el espectador.

En suma, el cuadro del Sr. Luque Roselló demuestra en éste conocimientos no comunes de los recursos del arte y da á comprender que el pintor es, como vulgarmente se dice, de la pasta de que se hacen los grandes artistas.

* * *

En las playas del Havre, cuadro de Alfredo Stevens, grabado por Baude. (Exposición del Campo de Marte. París, 1890). – Nació este pintor en Bruselas en 11 de Mayo de 1828 é hizo sus primeros estudios en esa capital, en el taller de Navez, pasando algún tiempo después á París, en donde recibió lecciones de Roquelin. Comenzó pintando cuadros de historia, pero muy pronto abandonó este género para dedicarse á la pintura de las escenas de la vida elegante de la actual sociedad parisiense, y en esta nueva fase de su carrera artística ha producido verdaderas maravillas, que son precioso adorno de algunos museos y sobre todo de las galerías particulares. De los primeros, el de Bruselas posee la *Alegoría de la primavera* y *La visita* y el de Marsella el *Grupo de máscaras en Miércoles de Ceniza*. Entre sus muchos y notables cuadros merecen citarse en primer término: *Inocencia*, *El regalo de Año nuevo*, *Mañana en el campo*, *Primavera de la vida*, etc. Además ha pintado para el rey de Bruselas cuatro frescos (más tarde reproducidos al óleo) representando las cuatro estaciones del año, figuradas por medio de muchachas vestidas á la moderna.

En los Salones de París ha obtenido no pocos triunfos. Ausente de ellos durante buen número de años, presentó en el que en el Campo de Marte organizaron el año pasado los disidentes capitaneados por Meisonnier, cuya reciente muerte nunca será bastante llorada, once obras, entre ellas *En las playas del Havre*, composición hermosa, llena de luz y de vida y con agradable perspectiva, cerrada á un lado por unas cuantas casitas y perdiéndose por el otro en la inmensidad de la superficie del mar.

Las bellezas de este cuadro patentizan que los años no han hecho mella en la privilegiada imaginación y en los vigorosos alientos de este ilustre pintor, que vive actualmente en París consagrado por entero al arte que tanta fama y provecho le ha valido.



MAÑANA OS ESPERO EN CASA. (Pág. 77)

¡IMPOSIBLE!

NOVELA ORIGINAL DE DON FLORENCIO MORENO GODINO, ILUSTRADA POR CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Desde los primeros días de su estancia en la corte de España quiso pensar en el porvenir, pero le faltaba ese *empuje* provinciano, ese deslumbramiento de los esplendores sociales, esa *flexibilidad* necesaria al que pretende adquirir fortuna ó posición. Marcial tenía la levadura madrileña: desdeñaba las grandezas como si hubiera nacido entre ellas. Sin embargo, su espíritu no era bajo. La sangre de los Bernáldez de Toledo fermentaba en él exigencias aristocráticas, pero delicadas: vida lujosamente retraída, exquisitas filigranas íntimas y el noble abandono hacia las cosas vulgares de la existencia.

La altivez de carácter unida á la rectitud engendran la indolencia moral, á veces completamente independiente de la física. En Marcial había algo de la una y de la otra.

Agotados sus últimos recursos, comenzó á vislumbrar la miseria, *la miseria de levita*, la más terrible de todas. Afortunadamente se relacionó en un café con un joven, especie de urraca literaria, que se ocupaba en traducir obras francesas, el cual le proporcionó trabajo, aunque mezquinamente retribuído. Marcial, educado en París y luego por su padre, que era un cumplido caballero, poseía perfectamente los idiomas europeos más usuales, y merced á esta circunstancia pudo, aunque parcamente, atender á sus necesidades, á las de su fiel criado y permitirse además el *lujo* de conservar el caballo que había sido de su padre.

XII

Marcial estaba perdidamente enamorado de la princesa Elena, pero se limitaba á verla de lejos en su carruaje, porque ésta, convaleciente aún de su caída en el Retiro, no salía nunca á pie.

A consecuencia de sus cavilaciones amorosas y de sus prolongadas tareas, nuestro joven sufrió un ataque cerebral que le postró en cama durante algunos días. La juventud triunfó de la enfermedad, y la convalecencia fué rápida. Apenas vuelto á su estado normal y no bien se halló con fuerzas suficientes, Marcial, ansioso de ver á la que no se apartaba de su pensamiento, se dirigió hacia la morada de la princesa.

¡Con cuánta agitación y temor mezclado de esperanza se aproximó á la casa de la calle de Hortaleza, y cuál fué su angustia al notar en ella todo el aspecto de un edificio deshabitado! Las persianas de todos los balcones estaban cerradas; por las rejas de las cuadras, situadas al nivel del suelo y abiertas de par en par, no salía ya el ruido del relincho y pisadas de los caballos, ni las voces de los mozos que los cuidaban; ningún criado atravesaba el patio, y finalmente, todo anunciaba allí la ausencia de sus dueños.

Imposible sería expresar la inquietud de Marcial, que no obstante conservó alguna esperanza, no resignándose á perder de un golpe todas sus ilusiones. Resuelto á salir de dudas á toda costa, se aproximó á la puerta de la verja del patio, que estaba solamente entornada; pero al ir á entrar se detuvo dominado por su timidez.

Por fin se decidió á atravesar el patio, verificándolo precipitadamente para no tener tiempo de reflexionar, y golpcó en la puerta con un pesado llamador, de bronce.

Escuchó atentamente, pero nadie respondió.

Una vez decidido, alzando de nuevo el llamador, dejóle caer repetidas veces.

– ¿Quién es?, gritó una voz desde dentro; y luego, abriéndose una ventana situada al lado de la puerta, asomóse á ella una mujer, ya de edad, que dijo:

– ¿Qué se le ofrece á V.?

– Saber si el señor príncipe de Lodiski vive aquí todavía.

– El señor príncipe marchó á San Petersburgo hace tres días.

– ¡Gracias!, repuso Marcial haciendo un esfuerzo para aparentar serenidad, y alejándose con apresuramiento sin oir á la portera que gritaba:

– ¡Eh, caballero! ¿Traía V. algún recado para el señor príncipe?

Luego que salió del patio, Marcial tomó calle arriba y salió al campo como en la tarde en que Elena le devolvió el libro olvidado en el Retiro. Metióse por una senda abierta en un campo sembrado, comenzó casi á correr, bien así como el corzo herido que con sus veloces carreras pretende aliviar su violento dolor, y rendido de cansancio tuvo que detenerse y sentarse en el suelo... Allí permaneció mucho tiempo con los ojos fijos y al parecer sereno... ¡Pero ¡ah! qué serenidad!

¿Qué pasaría en aquel corazón despedazado?

Hubo un momento en que llevó las manos á la cabeza como si quisiera retener su pensamiento, pronto á abandonarle Luego prorrumpió en sollozos sofocados, que después dieron curso á torrentes de lágrimas y desahogaron su pecho oprimido.

¡Oh! ¡Benditas sean las lágrimas; ellas son la alegría del dolor!

XIII

Tres horas después, Marcial entraba en su casa.

Estaba situada ésta en la calle del Sombrerete, en el piso bajo de un mezquino edificio, y se componía de tres piezas muy reducidas y un patio pequeño, donde había una cuadra, en la que apenas podía revolverse el caballo del joven.

Al verle entrar Bernardo, su viejo y fiel criado, quedóse sorprendido observando la dolorosa agitación que revelaba su semblante.

– Bernardo, dijo el joven dejándose caer sobre una silla, ¿mañana es jueves?

– Sí, señorito.

– ¿Día de mercado?

– Creo que sí.

– Pues bien: mañana irás al mercado y venderás el caballo.

– ¿Qué caballo?, preguntó el criado, no seguro de haber oído bien.

– ¿Cuál ha de ser? Orión. ¿Tenemos otro acaso?

– ¡Vender Orión!, exclamó Bernardo en el colmo del asombro. ¿El caballo de su padre de V.?

– Sí, el caballo de mi padre, interrumpió el joven. La placa, la caja de oro de mi padre, el bastón de concha de mi padre; todos los objetos de algún valor.

Bernardo estaba mudo de sorpresa, y miraba á su joven amo creyendo descubrir en su semblante síntomas de locura. Aun en días de las mayores privaciones, Marcial no había querido desprenderse de aquellas prendas amadas.

– Tengo que emprender un largo viaje, repuso el joven.

– ¿Usted solo, señorito?

– Ni me atrevo á proponerte que me acompañes, porque el país adonde voy es muy lejano y poco conveniente á tu edad, sobre todo no contando con más recursos que la Providencia, ni me decido á separarme de ti dejándote abandonado.

– Señorito, dijo el fiel criado, ¿hay posibilidad de que yo acompañe á V. como siempre?

– Creo que sí.

– Este pobre viejo ¿no servirá á V. de estorbo?

– ¿Qué dices, Bernardo? ¿Por ventura puede estorbar un padre? Y tú hace muchos años que lo eres para mí.

– Pues entonces, si V. me lo permite, le serviré y le seguiré hasta el fin del mundo.

PARTE SEGUNDA

I

Una noche, terminada la representación de la ópera, el vestíbulo del Teatro Imperial de San Petersburgo estaba lleno de gente que esperaba sus carruajes.

Algunos rezagados iban saliendo del interior, y se confundían con los que ya estaban aguardando.

Estos últimos momentos de despedida no son los menos agradables. El vestíbulo de un teatro es una especie de sucursal, donde en los primeros instantes se cotizan valores y se realizan operaciones hasta entonces indecisas.

Las últimas miradas *dicen quizá la última palabra* y expresan el último pensamiento.

Los aficionados observan á las mujeres nuevas ó desconocidas, porque notoria es la diferencia que media entre la mujer sentada en su palco, en la lejanía, y la mujer cuyos ojos se ven de cerca, cuya mano ó pie pueden estudiarse; haciendo por estos y otros signos la deducción de su carácter.

El vestíbulo íbase desocupando poco á poco; no obstante, aún quedaban algunos corros, especialmente de hombres, porque todavía no habían acabado de salir los más cómodos ó menos presurosos.

Casi al mismo tiempo cesaron durante un instante todas las conversaciones, y todas las miradas se fijaron en la puerta interior del teatro.

Acababa de presentarse una linda joven envuelta en un abrigo de cachimir y en medio de dos caballeros, en el brazo de uno de los cuales se apoyaba. Era éste casi anciano, mientras que al otro difícilmente podría calificársele de joven, pues se hallaba en esa edad crepuscular conocida con el nombre de *pollería.*

– ¿Qué trío es ese?, preguntó un caballero bajo, moreno, rechoncho, y que no obstante estas cualidades físicas era inglés, calándose los lentes para mirar al grupo que acababa de presentarse.

– Vuestra calidad de extranjero, milor, disculpa la pregunta; porque ¿quién en San Petersburgo no conoce al príncipe Lodiski, *factotum* y consejero íntimo del Emperador, á su preciosa hija Elena, que tiene tantas gracias como miles de rublos de dote, y al baroncito de Ignatief, sobrino del primero, y por consiguiente primo de la segunda, por lo cual parece renunciar á sus pollescos triunfos amorosos?

El que de este modo contestó á la pregunta del hijo de Albión era un joven diplomático, convaleciente, según se decía, de los desdenes de la princesa Lodiski.

Esta, durante el diálogo anterior, fuése aproximando lentamente, acompañada de sus dos caballeros, hasta llegar al comedio del vestíbulo.

La princesa estaba tan linda como la hemos conocido en Madrid: pero un airecillo de gravedad había sustituído á la infantil expresión de su semblante; cuatro meses son un siglo en la vida de la mujer, sobre todo en los primeros albores de la adolescencia.

En torno de la linda joven se formó un grupo de hombres de distintas edades, que se acercaron á saludar á ella y á su padre. Elena hablaba con todos, mirando con cierta impaciencia hacia la puerta exterior, como deseando que el ujier anunciara la aproximación de su carruaje.

De repente, y durante un momento en que sus miradas vagaban distraídas, fijáronse con insistencia en un rincón del vestíbulo. Había allí un grupo de cinco ó seis caballeros, y detrás de éstos, á alguna distancia, un joven envuelto en un paletó y casi incrustado en una columna. El grupo se deshizo precisamente en el instante en que Elena miraba hacia aquel lado, y ésta pudo ver al joven y quizá sorprender la dirección de sus miradas.

Se puso muy pálida; se apoyó más en el brazo de su padre, y luego quedóse pensativa, contestando maquinalmente á las palabras que la dirigían.

He aquí la síntexis de sus pensamientos:

«Es él; ha venido á San Petersburgo, sin duda por causa mía, para verme. ¡Pobre joven! ¡Hacer un viaje tan largo, quizá con escasos recursos! Tal vez me sigue á todas partes en los pocos días que hace que he venido. No sé qué hacer, ni cómo agradecerle su sacrificio! ¡Dejar su patria por mí! Porque indudablemente es por mí. ¿Dónde vivirá? ¿Cómo vivirá? ¡Parecía tan pobre! ¿Quién será? Tiene un aspecto muy distinguido. Me ama, no cabe duda; pero él mismo conoce los obstáculos que nos separan. Debe ser discreto. ¿Cuál será su pensamiento? ¿Qué puedo y debo hacer yo?...»

Durante este rápido monólogo mental, la princesa no pudo menos de mirar al joven, á quien el lector habrá ya conocido; pero al mismo tiempo que ella le miraba, había una persona que observaba á los dos.

– Prima, dijo el baroncito de Ignatief, ¿conoces á aquel joven que está allí enfrente, inmóvil como la sombra de Bancuo en el festín de Macbeth?

– No, contestó la princesa afectando indiferencia.

II

Tres días después en la revista semanal de un diario político de San Petersburgo se leían las siguientes líneas:

«Háblase también de un duelo misterioso entre dos jóvenes, uno de ellos extranjero, el otro muy conocido en el mundo aristocrático. Parece ser que el lance se verificó en Caterinenhof, de noche, siendo uno de los testigos un célebre cantante que con este motivo tuvo que revelar el nombre ilustre que oculta bajo el de artista. Ambos contendientes quedaron heridos, uno de ellos de alguna gravedad. ¿Quién será *ella?*»

La princesa Elena leyó estas líneas momentos después de haberla entregado su padre una carta del barón de Ignatief, en la que éste se despedía para sus posesiones de Wolhinia.

Este inesperado viaje, sin despedida personal, unido á la noticia del duelo que acababa de leer, sobresaltó á la hermosa joven, pues recordando la pregunta que su primo la hizo en el vestíbulo del teatro, referente á su incógnito adorador, receló que ambos jóvenes fuesen los protagonistas del lance de que hablaba el periódico. La ausencia de su primo, que pudiera ser un pretexto para no presentarse en público, daba visos de certeza á esta sospecha. No obstante, la princesa trató de desechar sus tristes presentimientos, fundándose en lo absurdo y novelesco de aquel duelo; mas por otra parte, conociendo el carácter loco y arrebatado de su primo, juzgábale capaz de una provocación infundada. Había en todo aquello una circunstancia que aumentaba su inquietud; según el periódico, ambos contendientes estaban heridos, uno de ellos de gravedad. ¿Quién de los dos sería éste? El barón escribía de su puño y letra, luego no era él y sí su adversario.

Elena conservó alguna esperanza aguardaron ver al joven extranjero en el teatro. En dos días no había habido función, al tercero, instalada en su palco comenzó á mirar hacia todas partes. En vano: acabóse la representación, y la princesa, que á la salida se detuvo en el vestíbulo del teatro cuanto la fué posible, volvió á su casa tristemente preocupada.

Tres ó cuatro días pasados sin ver en parte alguna al objeto de sus inquietudes y algunas palabras vagas y afectadamente indiferentes, arrancadas á amigos íntimos del barón de Ignatief, que frecuentaban su círculo, contribuyeron á aumentar la inquietud de Elena. Indudablemente alguna causa extraordinaria motivaba el retraimiento del joven extranjero. Su instinto de mujer la probaba claramente que era amada y que *no era vista* por su amante, y no bien adquirió esta última convicción, supuso como casi indudable la idea del duelo.

Este pensamiento la atormentaba Pensaba en aquel pobre extranjero, abandonado quizá, herido, muerto tal vez, y todo por ella, por seguirla lejos de su país, por amarla...

¿Dónde estaría, cómo podría saber de él? ¿Qué la era dado hacer para aliviar su desgraciada suerte?

El amor verdadero es una chispa que acaba en un incendio; mas para producir este incendio es necesario quemar mucho combustible. Las grandes pasiones nacen casi siempre de los grandes obstáculos y de las grandes contrariedades. El amor *fácil* en su base se derrumba prontamente; para sentir *la pasión* es preciso *padecer.*

La princesa Elena comenzaba á *padecer.*

III

Mlle. Brian era la modista de moda en San Petersburgo.

Tenía un magnífico almacén de novedades que ocupaba tres pisos en Perspectiv de Nersecy, y aun cuando empleaba numerosas oficialas, no se daba mano para atender á su innumerable parroquia de la corte de Rusia y de las principales ciudades del imperio.

Verdad es que la habilidad de Mlle. Brian rayaba en lo maravilloso; había sabido adunar la fantasía vaporosa de las modas francesas al severo gusto de los pueblos del Norte; había inventado ese cómodo y elegante abrigo llamado Waterproff; dió la norma para emplear convenientemente los *rulós;* supo antes que ninguna casar los colores *tórtola, rayo de sol, agua marina* é *iris* con el *amaranto bronceado de Florencia*, y finalmente adquirió la imperecedera gloria de bautizar el tafetán gris con el nombre de *color crepúsculo.*

Mlle Brian justificaba su peregrino buen gusto de un modo muy ingenioso y muy lisonjero para ella; afirmaba que la verdadera elegancia es exclusiva cualidad de las razas aristocráticas, y ella pretendía descender de la noble familia francesa de Briancourt. Un casamiento desigual de uno de los miembros de tan ilustre estirpe hizo que ésta le obligase á suprimir la última sílaba de su apellido.

Mlle. hacía doce años que estaba establecida en San Petersburgo, y nunca había querido casarse. Tenía treinta de edad y un palmito muy agradable; lo cual, unido á su habilidad, que le proporcionó una buena fortuna, atraíanla algunos pretendientes á su blanca mano, á los que ella desahuciaba después de haber mediado algunas coqueterías.

Porque Mlle. Brian era algo coqueta.

Una tarde se paró una berlina delante de la puerta del almacén de novedades de Mlle. Brian: dos señoras se apearon y entraron en la tienda.

Eran la princesa Elena y su aya. La oficiala mayor del establecimiento se adelantó á recibirlas, y dijo:

– Aunque Mlle. Brian no puede hoy recibir á nadie, creo que debo hacer una excepción por deferencia hacia la señora princesa. Voy á avisarla.

La célebre modista se daba, por lo visto, todo el tono propio de su alta importancia social.

Las dos señoras esperaron en una sala de recibo que había en la trastienda.

Momentos después presentóse la dueña de la casa.



La princesa al verla experimentó alguna sorpresa. Mlle. Briand, que de ordinario mostraba un aspecto alegre y satisfecho y un semblante rebosando frescura y salud, estaba pálida, ojerosa y triste; el primoroso esmero de su traje había desaparecido y todo indicaba en ella una mudanza extraña en su modo de ser habitual.

– ¿Os ocurre alguna novedad, Mlle. Briand?, preguntó la princesa.

– Sí y no, señora princesa; contestó la modista. Hay un enfermo en casa, aunque no de mi familia.

– Vuestro aspecto indica que pasáis malos ratos.

– Cierto, señora princesa, tengo un corazón demasiado sensible. ¡Cómo ha de ser!, repuso suspirando. Dios sin duda me castiga por mi pasada alegría é indiferencia.

– No os comprendo.

– Ni yo me comprendo á mí misma, señora princesa; pero la verdad es que desde que conocí á ese joven...

– ¡Ah! ¿Un joven?

– Sí, señora princesa... Pero soy impertinente. Supongo que desearéis ver los nuevos encajes de Nancy y...

– Poco á poco, Mlle. Brian, interrumpió la princesa; no me tengáis por tan frívola y por tan indiferente á vuestros disgustos. Habéis dicho que tenéis un enfermo. ¿Quién es?

– Sois muy bondadosa, señora princesa; el enfermo, ó mejor dicho, el herido, es un joven extranjero.

– ¡Un joven extranjero herido!, volvió á interrumpir la princesa, cuyo corazón latía de emoción. ¿Y cómo se halla herido? ¿Quién es?

–¡Ah, señora princesa! Ignoro la causa de esta desgracia; bien es verdad que respecto á él apenas sé nada.

– Decís que es extranjero: ¿de qué país?

– Español.

– La princesa hizo un brusco movimiento, reprimiendo una exclamación El recuerdo de su incógnito amante y del duelo surgió impetuoso en su imaginación.

– Mi querida Mlle., dijo procurando ocultar su emoción, hace tiempo que nos conocemos; vuestros pesares no pueden serme indiferentes y desearía que fueseis más explícita.

– ¡Ah, señora princesa! Lo que á mí me pasa es toda una novela; temería molestaros...

– De ningún modo, y á no ser que dudéis de mi discreción...

– ¡Qué decís, señora princesa! Agradezco en el alma vuestro interés; pero...

– Vamos Mlle., tendré una satisfacción en procurar consolaros. Estáis muy pálida y conmovida, lo cual demuestra que os suceden cosas graves. Yo soy una niña, pero Eduvigis tiene mundo y experiencia, y quizá podrá serviros de algo.

Mlle. Brian halagada por aquel *aristocrático interés* y experimentando los impulsos de su locuacidad habitual, estaba deseando hablar.

– Si la señora princesa, dijo, tiene la bondad de permitirme dar una vuelta por el cuarto del enfermo..., porque temo que mi relato sea un poco largo.

– Id, Mlle., os esperamos.

IV

La princesa aguardó la vuelta de la modista con la mayor impaciencia. Como ella no le sabía, creyó excusado preguntarle el nombre del herido; pero esta circunstancia y la de ser español, apenas la dejó dudar respecto al recelo que abrigaba. Ciertamente, aquel joven *herido español* no podía menos de ser el incógnito de Madrid y del vestíbulo del teatro de la Opera. En esta creencia, sólo la conveniencia social hízola reprimir su deseo de acompañar á la modista en su visita al enfermo, y mientras la esperaba pensó en la extraña casualidad de haber quizá encontrado á la persona origen de su inquietud durante tantos días. ¿Qué tendría que ver el joven español con Mlle. Brian? ¿Por qué ésta demostraba tan grande interés por él? ¿Se amarían quizá? Esta suposición, aunque contrariaba un tanto á la princesa, la satisfacía en cierto modo. Se conocía á sí propia; comprendía que su altivo y delicado corazón, débil contra una pasión profundamente sentida, rechazaría orgullosamente el vulgar amor de un hombre indigno de ella.

La presencia de la modista interrumpió sus cavilaciones.

Mlle. Brian dejó sobre un velador una caja de encajes que traía, é iba á abrirla, pero se detuvo al oir á la princesa, que dijo:

– Dejemos eso, luego lo veremos. Sepamos vuestros disgustos, Mlle. ¿Cómo está el herido?

– Le he encontrado durmiendo, lo cual me parece buen síntoma. ¡Pobre joven! ¡Si supierais cuánto ha sufrido, cuánto ha delirado!

– ¿Pero es grave su estado?, preguntó la princesa.

– Lo ha sido. Desde ayer el médico dice que responde de su curación.

– ¿Decís que no es de vuestra familia?

– Apenas le conozco, porque él y su criado son tan reservados... En fin, ya que os dignáis interesaros, os referiré en las menos palabras posibles la causa de hallarse en mi casa ese joven, que en mal hora vino á ella.

– Os escuchamos con la mayor atención, Mlle., dijo la princesa, cada vez más curiosa é inquieta.

La modista cerró la puerta que comunicaba con la tienda, y sentándose al lado de ambas señoras, dijo:

– Aunque mi almacén no ocupa más que los primeros pisos de la casa, tengo tomada en alquiler toda ella, accediendo á las condiciones de su dueño. El último piso me es enteramente inútil, y como está dividido en varias habitaciones, suelo subarrendarle á personas generalmente de escasos recursos, pero de estado decoroso y de buenas costumbres. Hace cerca de tres meses, á fines de agosto, admití á un joven extranjero, profesor de lenguas, y á su criado, en clase de pupilos, pero según mi costumbre, sin asistencia, y sí sólo para ocupar una de las habitaciones. Desde el momento en que le vi me interesó este joven, que se llama Mr. Marcial Bernáldez de Toledo, ilustre apellido, según su criado, y que sin duda da origen al orgulloso, aunque benévolo carácter de aquél...

La princesa experimentó un movimiento de satisfacción al oir estas palabras; su adorador, por lo menos, no llevaba un nombre obscuro.

La modista prosiguió:

– Digo que me interesó, señora princesa, porque no os podéis figurar lo simpático y lo naturalmente elegante que es. Además, tiene un gran talento, mucha instrucción, un trato sumamente fino, y para mí, que tengo buen corazón, otra cualidad: la de la pobreza, noblemente soportada; porque Mr. Marcial, es tan pobre, ó mejor dicho, se destaca tanto su estado de sus merecimientos, que inspira respetuoso y compasivo cariño. Yo no sé si fué la compasión, *ó que había llegado mi hora*, pero lo cierto es que comencé á interesarme más de lo regular por aquel pobre extranjero que tan lejos de su patria tenía que ganarse la vida á fuerza de trabajo. Hasta que él vino á mi casa, rara vez subía yo al último piso, pero desde entonces dí en hacerlo con frecuencia, y tuve ocasión de observar la parquedad de alimentos de mis nuevos pupilos y las asiduas ocupaciones á que se entregaba Mr. Marcial, pues además de dar lecciones de varios idiomas, se ocupa en hacer traducciones para yo no sé qué editor. Quise entablar relaciones algo más frecuentes y de alguna más intimidad con mi huésped, á fin de aliviar en algo su precaria situación; pero él se mantuvo siempre reservado. Intenté valerme de su criado para conocer algo de su vida pasada y el motivo de haber venido á Rusia; pero su criado es casi tan inabordable como él. Esta conducta y mi creciente interés por Mr. Marcial me tenían desasosegada, hasta que hallé un medio muy sencillo de verle y tratarle con más frecuencia.

V

– Mr. Marcial, como ya os he dicho, es maestro de lenguas. Posee perfectamente varios idiomas, incluso el ruso, que ha aprendido en el poco tiempo que lleva en este país. Le rogué que me diese lecciones de italiano, pues ciertamente es fastidioso ir á la Opera y entender á medias. El accedió, como era natural, y todos los días me dedicaba una hora, que á mí me parecía un minuto. Con este motivo fué creciendo mi simpatía y pude apreciar la exquisita urbanidad de su trato, lo cual no excluye en él cierta orgullosa reserva. Como mis fines eran buenos, así como también el móvil que me guiaba, no os ocultaré que puse en juego cuantos honestos medios me sugería mi imaginación para demostrar á mi joven maestro el interés que me inspiraba, y hasta me valí de su criado á fin de hacerle comprender mis intenciones, encaminadas á darle mi mano y una mediana fortuna honradamente ganada. Mas ¡ay!, todo fué en vano; Mr. Marcial continuó en su fría reserva, incomprensible entonces para mí, porque al cabo algunos me hallan linda, y no siempre un pobre extranjero encuentra proporciones por el estilo. Yo sabía por su criado que Marcial es soltero, huérfano y enteramente dueño de sus acciones; pero dicho criado no pudo ó no quiso nunca decirme lo que desgraciadamente he sabido después.

– ¿Habéis sabido, pues, algo referente á ese joven?, preguntó la princesa.

– ¡Ah! Sí, señora princesa. Ya veréis, prosiguió la modista. Una fatal casualidad me ha hecho comprender su indiferencia hacia mí. Mr. Marcial se retiraba tarde algunas noches. Según me dijo iba á la Opera con alguna frecuencia, y he hecho la observación que al día siguiente al que asistía al teatro estaba aún más preocupado que de costumbre; porque se me ha olvidado deciros que siempre está triste.

El corazón de la princesa latía violentamente.

– Una noche, continuó Mlle. Brian, cuando iba á acostarme, sentí el ruido de un carruaje. Llamaron á la puerta, y juzgad de mi doloroso asombro, cuando, atraída por un ruido de voces inusitado, ví á mi huésped sostenido en brazos de dos caballeros, pálido como un muerto y al parecer exánime. Dí un grito y me desmayé, porque en la camisa de Mr. Marcial vi manchas de sangre...

– ¿Estaba herido?, interrumpió la princesa.

– Sí, señora princesa, herido según parece en un duelo, cuya causa aún no he podido saber. Cuando volví en mí corrí al cuarto de mi huésped, y le hallé en la cama y á su lado un cirujano, que concluía de vendarle una herida que tenía en el costado derecho.

– De la cual está ya en vías de curación, según parece.

– Eso dice el médico, y en verdad que no he tenido yo la menor parte en este feliz resultado; pues desde el primer momento me constituí en enfermera. ¡Ah, señora princesa! ¡Qué días y qué noches ha pasado ese pobre joven y qué malos ratos me ha hecho sufrir! Mr. Marcial deliraba de tal modo que partía el corazón el oirle. Afortunadamente la violencia de la calentura ha cedido y la herida va bien. La noche en que le trajeron herido creyeron peligroso subirle á su cuarto, por cuya razón se halla en el mismo piso en que yo habito, lo cual me ha facilitado los medios de cuidarle, como, me atrevo á decirlo, no ha sido cuidado enfermo alguno, aunque pronto adquirí el convencimiento de que Mr. Marcial nunca dará á mis cuidados la debida recompensa.

– ¿Por qué razón?, preguntó la princesa.

– Por una muy sencilla, porque Mr. Marcial está enamorado.

– ¿Enamorado?

– Como un loco, á juzgar por una carta suya que he leído.

– ¡Ah!

– La noche en que le trajeron herido, su criado y yo abrimos una cómoda que tiene en su cuarto, con objeto de buscar trapos y vendas, y yo... sé que hice mal, pero excitada por el interés, cometí la indiscreción de leer una carta de mi huésped, dirigida á un amigo suyo. ¡Ah, señora princesa! Dios me ha castigado por mi mala acción, porque su lectura ha desvanecido mis ilusiones.

– Ese joven ¿habla en ella de sus amores?

– ¡Pero en qué términos, con qué fuego, con qué exaltación! Según parece está enamorado de una gran señora y se desespera por los obstáculos que se oponen al logro de su amor.

– Debe ser curiosa esa carta.

– Si queréis os la enseñaré; es decir, una copia que he sacado...

– Me parece, Mlle. Brian, dijo el aya de la princesa, que habéis hecho mal, y que la princesa no debe conocer secretos de nadie.

La princesa comprendió la advertencia de su aya.

Se puso en pie, hizo una seña á la modista y se dirigió al velador en donde ésta había dejado la caja de los encajes.

Mientras ambas jóvenes los examinaban, la princesa dijo en voz baja:

– Mañana os espero en casa. Creo conocer algunos antecedentes respecto á ese joven, y tal vez el objeto de su amor. ¿Iréis?

– No faltaré, señora princesa.

– Llevad la copia de esa carta.

– Está bien, dijo la modista. ¡Ah!, repuso exaltada por una idea. Vuestro nombre, señora princesa, ¿es Elena?

– Sí.

– ¡Oh! ¿Seríais vos?

– ¿El qué?

– El nombre de la amada de Mr. Marcial es Elena...

– Id mañana á casa, Mlle. A las diez si os es posible.

Momentos después la princesa y su aya salían del almacén de modas.

VI

Aquella noche muchos de los habitantes concurrentes al teatro de la Opera notaron el aire distraído y preocupado á la vez de la princesa Elena Lodiski.

En efecto, la hermosa joven prestaba escasa atención al espectáculo y respondía por monosílabos á las preguntas que la hacían, y antes de acabarse la representación abandonó el teatro, pretextando una gran jaqueca.

Ya en su casa, despidió á su doncella y se encerró en su cuarto.

No se acostó, sino que acercando una silla al lado de la ventana, que daba al jardín, comenzó á mirar hacia fuera por entre los cristales.

Así permaneció algún tiempo sin sentir el frío de la noche, abrasada por sus pensamientos.

De repente rompió á llorar. El recuerdo de Marcial, pobre, expatriado, herido por ella, conmovióla en lo más íntimo de su alma.

Luego buscó en su pensamiento una idea de solución para aquellos amores casi imposibles; idea que se la ocultaba con insistencia. Había en su mente un caos que no podía aclarar.

Como *la loca de la casa* es ilógicamente incomprensible, enhiló en el pensamiento de Elena todos los recuerdos más recientes, y súbito transportó á la joven al Retiro de Madrid, en una de aquellas ardientes mañanas de primavera en que jugueteaba con su perrita delante de Marcial.

En medio de la noche hallóse inundada de sol, su corazón palpitó de alegría, y olvidó los obstáculos que la separaban del joven extranjero.

Así es la jventud: rechaza el dolor como ilógico.

El reloj de la iglesia de San Isaac, que dió pausadamente las tres, hízola salir de su éxtasis. Tuvo frío y pensó en acostarse.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LAS TROMBAS

EXPERIMENTOS Y OBSERVACIONES

El día 6 de mayo de 1884 pude observar en la Alameda de la ciudad de Monterrey (México) una

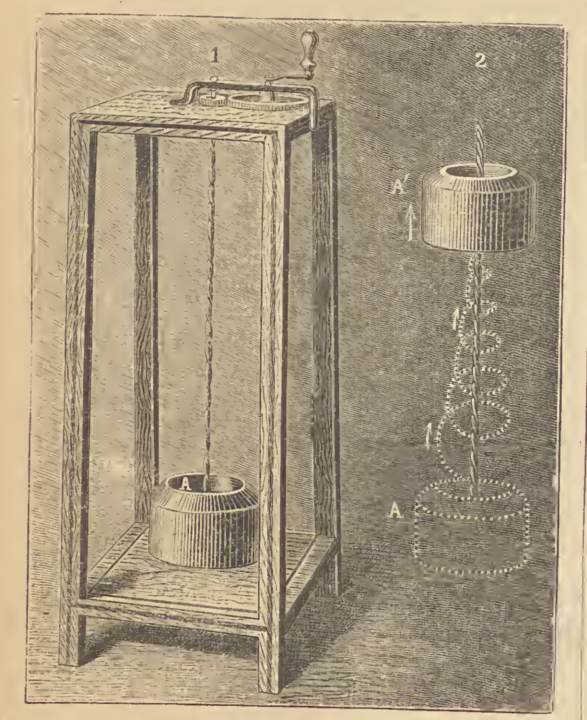


Fig. 1. Aparato para el estudio de las trombas terrestres

tromba terrestre notable, cuyo aspecto reproduce la figura 4.

Tres cosas me llamaron la atención en ella: 1.°, el eje vertical de rotación del torbellino; 2.°, las espirales ascendentes; y 3.°, el polvo, las hojas secas y los cuerpos más pesados que el aire elevados en la atmósfera. Estos factores de la observación los he reproducido en el aparato representado en la fig. 1, en el que se ve un tornillo central, cuyo eje es vertical, y las espirales ascendentes. La caja cilíndrica A, provista de una tuerca, imita los cuerpos más pesados que el aire que han de subir por las espirales.

Como la tromba terrestre se forma repentinamente, yo á mi vez imprimo súbitamente por medio de un manubrio colocado en la parte superior del aparato un movimiento de rotación de derecha á izquierda al tornillo vertical y á la pieza metálica A que, al principio, se apoya en el sustentáculo inferior. Si se detiene el manubrio en el momento en que ha adquirido su mayor velocidad, la caja metálica A sube rápidamente siguiendo las espirales y se eleva con fuerza hasta la parte superior del aparato, en A' (n.° 2 de la fig. 1). Pues bien: si en el instante en que empieza la ascensión de la caja, después de parado el manubrio, movemos éste muy de prisa de izquierda á derecha, la velocidad de ascensión de la caja y la fuerza del choque aumentan. Suprímase la fuerza espiral de las trayectorias y la caja cilíndrica no subirá por grande que sea el movimiento de rotación; suprímanse, pues, las trayectorias espirales de un torbellino y éste carecerá de fuerza para levantar objetos más pesados que el aire.

Como en este aparato eminentemente sencillo los hechos del experimento concuerdan con la observación de los fenómenos naturales, paréceme interesante dar á conocer la idea que en su construcción me ha guiado.

Si se pudiese determinar cómo se elevan en la atmósfera dentro del radio de acción de un torbellino cuerpos más pesados que el aire, se conocería el secreto mecánico de ese torbellino, sobre todo si el tal secreto consiste, como creo, en la forma espiral de sus movimientos. Esto me ha inducido á dar á mi aparato (fig. 1) el nombre de *tromba mecánica*.

Después de haber estudiado el mecanismo de las trombas terrestres y queriendo ensayar la aplicación de los mismos principios al agua, decidíme á abordar el examen de las trombas marinas.

El aparato representado en la fig. 2 sirvióme para mis experimentos. Pero antes de entrar en explicaciones acerca de su modo de funcionar, es necesario recordar los caracteres de una tromba marina ascendente. Caracterizan á ésta por regla general una columna cónica que se eleva de la superficie del mar y la forma parabólica de la lluvia que produce. La figura 4 representa ese grandioso fenómeno de la naturaleza, cuyo equivalente es mi aparato reproducido en la fig. 2. La disposición de éste es en alto grado sencilla: á la izquierda, sobre la caja que sostiene el aparato, un movimiento de relojería hace mover el cono abierto que está sumergido en el agua contenida en la caja: la transmisión se obtiene por medio de una correa sin fin que mueve una polea relacionada con un mecanismo sencillo que produce la rotación del cono vertical alrededor de su eje.

Para hacer el experimento se coloca en su puesto el cono (fig. 2, n.° 2) que, al funcionar el mecanismo, adquiere una gran velocidad de rotación, por cuya virtud el agua sube deslizándose sobre la pared inferior de aquél y se escapa por la superior en forma de lluvia parabólica (fig. 2, n.° 1). A nuestro modo de ver, este experimento produce una verdadera tromba de agua en miniatura con todos sus caracteres distintivos.

En nuestra opinión, el fenómeno se produce en la naturaleza de la manera siguiente. El sol calienta el aire en un punto cualquiera de la atmósfera, lo enrarece y lo hace subir: el aire que rodea ese punto se precipita centrípetamente, y entonces, por virtud del choque de las corrientes aéreas, surge el movimiento de torbellino precisamente en el punto por donde la absorción se verifica. El remolino queda formado, siendo invisible si sólo de aire se compone, y visible si en su masa entran el polvo terrestre ó los vapores ó polvillos de agua del mar.

La fuerza centrífuga, generatriz de las espirales ascendentes que á medida que se eleva encuentra menos resistencia en las capas de la atmósfera, se ensancha en la parte superior del remolino, dando á éste su forma cónica.

El tubo cónico del aparato que denomino *tromba hidráulica* tiene en realidad su parte inferior formada por el agua en que está sumergido, siendo en cierto modo un tubo cerrado. La columna de aire, gracias al movimiento de rotación del tubo, asciende y produce el enrarecimiento, factor esencial de todo torbellino y de toda tromba de mar.

DR. MARTÍNEZ ANCIRA (México)

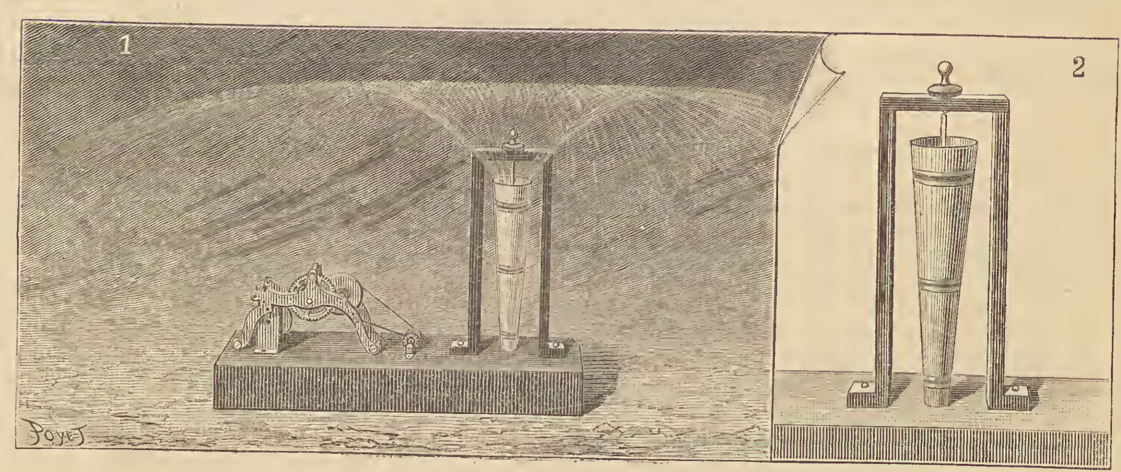


Fig. 2. Aparato para el estudio de las trombas marinas

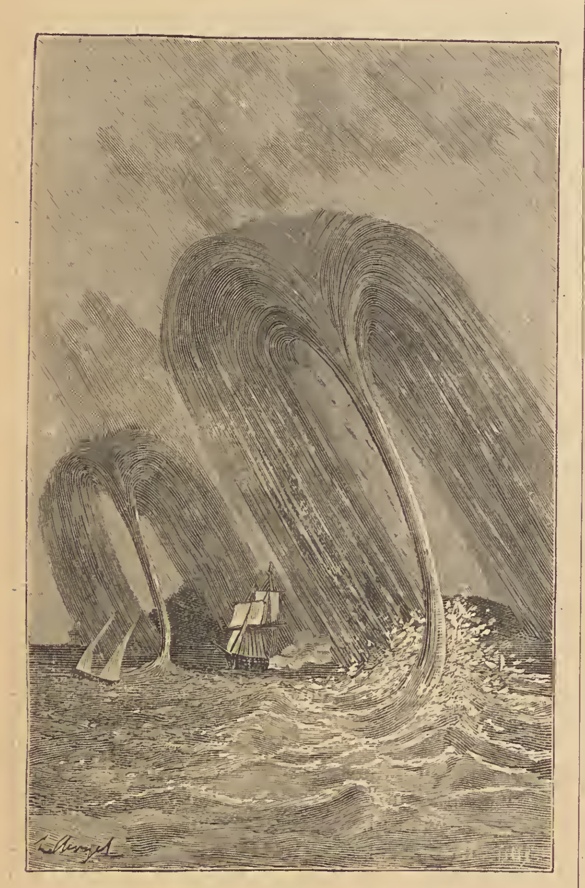


Fig. 3. Trombas marinas observadas en el Océano Atlántico



Fig. 4. Tromba terrestre observada en la Alameda de Monterrey (México)



PROYECTO EXTRAORDINARIO

APARATO PARA LAS CAÍDAS DE 300 METROS

He aquí una idea acerca de la cual nos parece interesante conocer el sentimiento público y que recomendamos á los ingenieros americanos, ahora que van á empezar los trabajos de la Exposición de Chicago. Trátase de un artificio que las grandes torres, actualmente en moda, permitirían realizar.

Conocida de todos es la sensación particular que se experimenta cayendo verticalmente desde cierta altura, descendiendo en trineo una pendiente muy rápida, y sobre todo bajando en un ascensor á gran velocidad. Una caída vertical rápida es causa de emociones fisiológicas que determinadas personas sienten con gran intensidad.

Pues bien: si esta caída toma carácter de excepcional grandiosidad, hará nacer en el ánimo del público una mezcla de deseo y de temor de exponerse á ella, que constituirá una nueva fuente de emociones análogas á las que producen los columpios, las montañas rusas, la vista de los abismos, etc.

Tal es el campo cuya explotación indicamos.

Una torre de varios centenares de metros de altura y una caja cerrada constituyen los elementos de este espectáculo. La maniobra es sencilla; los aficionados son introducidos en la caja que luego se deja caer libremente desde lo alto de la torre. A los cien metros de caída la velocidad adquirida es de 45 metros por segundo; á los doscientos, de 65, y á los trescientos, de 77. Téngase en cuenta que los tre-

nes más rápidos apenas corren á razón de 30 metros por segundo, y que la velocidad en los descensos en los pozos de las minas nunca excede de 15.

Para hacer práctica esta maniobra, basta recoger sanos y salvos á los viajeros al término de su caída, y poder remontar rápidamente la caja.

Por lo que hace á la primera condición puede satisfacerse dando á la caja la forma de bala de cañón con la punta muy larga y pronunciada y recibiéndola en un pozo lleno de agua de suficiente profundidad.

M. Ch. Carron, ingeniero de Grenoble, ha estudiado analíticamente las condiciones en que se efectuaría la penetración de ese proyectil en el agua y las reacciones que habrían de soportar los viajeros: las conclusiones de este estudio demuestran que nada se opone, ni teórica ni prácticamente, á la construcción de este aparato y á su funcionamiento para las caídas hasta de 300 metros.

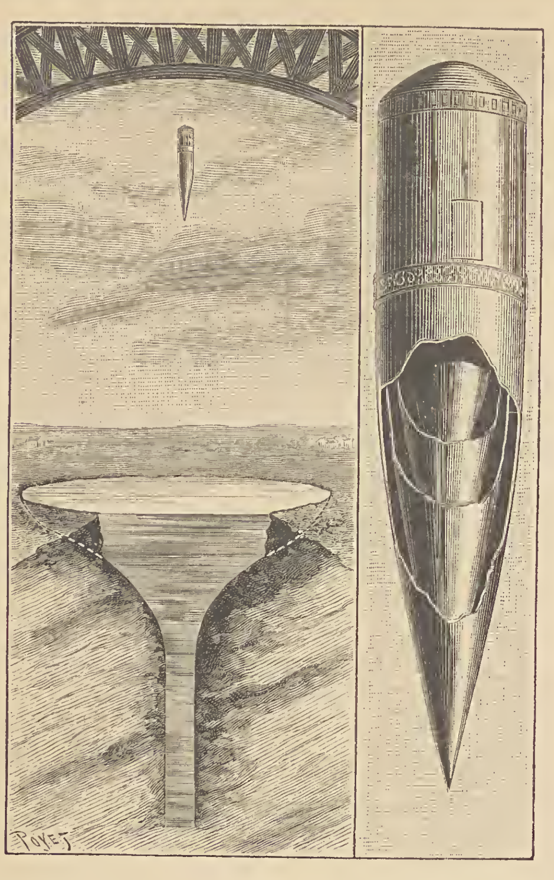
Los grabados que reproducimos permiten conocer el aspecto general de este proyectil que puede contener quince personas para la caída indicada. Las dimensiones principales de la instalación habrían de ser: cámara, diámetro interior 3 metros, altura 4; colchón, altura 0'50 metros; peso total, 11 toneladas; desplazamiento del proyectil enteramente sumergido, 31 toneladas. Pozo en forma de copa para champagne con pie hueco (forma cuyo perfil ha sido determinado de modo que la ola producida por la inmersión del proyectil no rebase los límites del pozo), profundidad 55 metros; diámetro en la parte supe-

rior, 50; diámetro desde la profundidad de 28 metros hasta el fondo, 5. Los viajeros deberían acomodarse en sillones perfectamente ajustados á las formas de sus cuerpos.

Este sistema de transporte á gran velocidad, para volver á una ascensión de 300 metros de altura no dejaría de gustar por su originalidad á una porción de aficionados á emociones nuevas.

Arístides Bergés

(De *La Nature.*)



UN PROYECTO EXTRAORDINARIO

Fig. 1. El vagón para las altas caídas en el espacio sobre el estanque de recepción. – Detalle de los conos encajados

Fig. 2. Vista del interior vagón proyectil para las caídas de 300 metros con sus quince viajeros

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES

Zaragoza artística, monumental é histórica, *por A. y P. Gascón de Gotor.* – Hemos recibido el cuaderno 7.º de esta notable é importante publicación, que además de la continuación de la Introducción histórica contiene dos preciosas fototipias reproduciendo una espuela del siglo XV, propiedad de la Baronía de Hervé, y el escudo bordado del Arzobispo D. Fernando de Aragón.

Se suscribe, al precio de una peseta el cuaderno, en Zaragoza, dirigiéndose á D. Manuel Tejero, calle de Palomeque, 28, principal; en Barcelona, librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5, y en las principales librerías de las demás provincias.

Graziella. Recuerdos de la juventud, *por Alfonso de Lamartine.* – La Biblioteca Selecta que con tanto éxito viene editando en Valencia D. Pascual Aguilar acaba de publicar esta bellísima novela del ilustre Lamartine, que constituye el tomo 46 de esa colección tan selecta como económica.

El tomo en que nos ocupamos, como todos los de la Biblioteca, se vende en las principales librerías al precio de dos reales.

Tratado de química biológica, *por Ad. Wurtz, traducida por D. Vicente Peset y Cervera.* – Hemos recibido el cuaderno 2.º de esta obra indispensable para cuantos se dedican á la especialidad que en ella se estudia. La obra del ilustre profesor de las facultades de Medicina y Ciencias de París M. Wurtz, se recomienda por el solo nombre de éste, y la traducción del Dr. D. Vicente Peset es tan fiel como esmerada.

El precio de cada cuaderno es de una peseta, y la obra constará de 14 ó 16.

Suscríbese en las principales librerías ó enviando el importe de 5 cuadernos al editor don Pascual Aguilar, calle de Caballeros, 1, Valencia.

La inmunidad y las inoculaciones preventivas en las enfermedades infecciosas, *por el Dr. S. Velázquez de Castro.* – El Sr. Velázquez de Castro, médico de Granada, alumno premiado por oposición repetidas veces, graduado de Bachiller por oposición, Licenciado en Medicina y Cirugía por oposición, ex Interno por oposición, laureado en concurso de méritos literarios por la Real Sociedad de Amigos del País, vocal de la Junta de Sanidad de la provincia de Granada, ha aumentado el número de honrosos títulos que en su carrera ostenta con el discurso notable desde el punto de vista científico, con claro método expuesto y con elegante estilo escrito que leyó como tesis en el ejercicio del doctorado y que mereció del tribunal calificador la nota de Sobresaliente. En él se estudia con elevado criterio y vasta erudición esa trascendental sistema de las inoculaciones preventivas que ha producido una verdadera revolución en las ciencias médicas, llena de realidades en el presente y de esperanzas para el porvenir, gracias á los estudios y descubrimientos realizados en estos tiempos por insignes bacteriólogos.

Imp. de Montaner y Simón